

## ESTUDIOS RECREATIVOS.



Puerta de Calais.

### HISTORIA DE UNA ESTAMPA.

Haciendo mis baules estaba... ¿Por que ha de decirse casi siempre hacer *sus* baules? es muy raro que se tengan muchos. A decir verdad, mis baules se componian de un cajon de pino que cerraba con una cuerda, y estaba á punto de atarle, cuando mi amigo Evaristo, que hacia dos horas que llegaba á Calais, á donde yo iba á embarcarme, entró en mi aposento y me propuso dar un paseo. Impaciente por salir me halló fatigado y torpe, y apoderándose de la caja quiso atarla él mismo.

Estaba colocada sobre los ladrillos contra la pared. Evaristo tiene el gesto impetuoso: levantó la punta del cordel con tanta violencia, que su mano, tocando con un cuadro, le descolgo como una pluma, y el objeto, pasando por enci-

25 de Mayo de 1853.

ma de su cabeza, cayó sobre el pavimento y se rompió con estrépito. El marco y el cristal se hicieron pedazos, dejando separada una estampa vieja, amarillenta y manchada por la humedad.

—He aquí, dijo, un respetable monumento destruido; pero en cambio gano una hermosa hoja de papel para envolver mi cepillo y mis navajas de afeitar.

Pero el posadero que pasaba por allí habia oido el ruido del cristal hecho pedazos, y entró asustado y exclamando: —¿Qué desgracia! Habeis roto la estampa...

—Es un buen negocio para vd., respondí, pues es menester que la reemplacemos por un cuadro nuevo donde se vea brillar *el príncipe Poniatowski pereciendo en las olas del Elster*, ó bien á *Napoleon subiendo el monte de San Bernardo*, á menos que vd. no prefiera á *Pablo y Virginia*, etc., etc.

Tan risueñas proposiciones no consolaban al señor Ma-

TOMO XI. 13



teo: tenía en su mano su vieja estampa, á la cual contemplaba con aspecto entristecido.

—Qué quiere vd., decía, es un sentimiento... ¡Yo no la hubiera dado por 60 reales! Hace mas de cien años que pertenece á mi familia. Mire vd. el grabado... parece que esto es muy bueno. No, aunque me hubieran ofrecido mas de 60 reales...

Evaristo es un coleccionador intrépido, echó los ojos sobre la estampa y murmuró:

—Bien valdria 40 reales si fuese nueva y tuviese márgenes; pero tal como se halla no vale 15 cuartos.

—¡Oh! señor, exclamó el señor Mateo; la abuela de mi muger, que la heredó de su padre, aseguraba que era una rareza...

—En este tiempo no es posible... Estamos en Calais... ¿Y la abuela de su muger de vd?...

—La heredó de su padre.

Evaristo reflexionó un instante y añadió:

—Entonces el bisabuelo de su muger de vd. se llamaba Grandsire?

—¿Mi muger?... no lo sé á punto fijo, replicó el posadero.

Yo tambien tomé el grabado que representaba soldados, vendedores y pescadoras, todo delante de una puerta de ciudad; el letrero decía: *The gate of Calais*. Evaristo me dejó el tiempo para un largo examen. Cogió de nuevo el objeto con aquella indiferencia aparente bien conocida de los compradores, y le vi aproximándose á la ventana, mirar á la transparencia de la luz aquel grabado; á espaldas del cual habian pegado una hoja de papel impreso. En fin, puso la estampa sobre la mesa.

El buen Mateo iba á retirarse llevándose la estampa cuando Evaristo le dijo:

—Ya lo vé vd., aquí á la izquierda hay una cabeza borrada con una mancha encarnada, y el papel está arrugado. Pues bien, esto es, ó mas bien era el retrato de Grandsire, el trisabuelo de sus hijos de vd.

—¡Ah! ¡qué lástima! exclamó el posadero. No se vé ya nada; un pedazo de cristal le ha arrancado un ojo y la nariz

—Es culpa mia, replicó Evaristo; quien rompe... las narices, las paga, y yo me encargo de repararlo todo. Yo poseo el mismo grabado, enteramente nuevo, muy bello: se lo enviaré á vd. para reemplazarle.

Cuando el posadero se fué Evaristo me entregó una nota escrita con lápiz, y me dijo:

—Tú me comprarás en Londres, en casa de un editor, cuyas señas te indico, esta estampa que costará doce duros; á tu regreso la pondrás en un marco y la ofrecerás al dichoso Mateo.

Y mientras que yo oia la esplicacion de todo este misterio, Evaristo proseguia diciendo:

—No hay que desperdiciar nada... La memoria me ha servido á tiempo... Bueno, bueno, yo la tengo.

—En cuanto á mí, le dije, yo no tengo nada. Mi caja no está cerrada, me has hecho tardar y has despertado mi curiosidad, y...

—Y estoy dispuesto á satisfacerla, interrumpió. Este grabado es interesante, porque señala el recuerdo de una aventura á la cual la Inglaterra debe tal vez uno de sus mas grandes pintores. El héroe de la anécdota en cuestion, á

quien la tontería de los habitantes de Calais ha hecho representar tan triste papel, se ha vengado duramente, atizando contra los franceses toda su vida la aversión natural de sus compatriotas; en fin, esta estampa hecha pedazos, indigna de figurar en la cartera de un aficionado, añade una perla rara á mi coleccion de autógrafos.

—Pero ¿cómo has adivinado que el bisabuelo de la muger de nuestro posadero se llamaba Grandsire? ¿y cómo...

—Nada mas sencillo, y tú lo concebirás si te tomas el trabajo de leer la página 49 de la introduccion en el *Analysis de la belleza*, obra traducida del inglés por Jamen; si repasas el pasaje de la relacion de Nichols, y si te dignas comprobar estos documentos, los picantes comentarios de lord Orford...

—Cosa que no hare....

—Tienes la bondad de escogerme por historiador. ¿Será necesario contarte la aventura toscamente, ó de una manera literaria?

—De una manera la mas literaria del mundo: será tal vez muy sencilla, y desconfio de tu candidez.

—Esto media durante la cuaresma de 1753; un viernes por la mañana.

—Comienzas como un folletín.

—Y espero concluir lo mismo. En Calais, pues, un cierto viernes se elevó tan grande tumulto en la calle en la antigua puerta de la ciudad, que los ciudadanos del barrio, acostumbrados al ruido, interrumpieron, no obstante, sus ocupaciones y corrieron á sus balcones.

No se pensaba absolutamente en la politica, hacia ya ciento diez y seis años, en la ciudad de Calais, pero se presentia una guerra, y la primera idea de los ciudadanos fué la de preguntar si los ingleses habian desembarcado. Esta suposicion exageraba las proporciones de un incidente de que fueron instruidos muy pronto por los transeuntes en estos términos:—No es nada; es un inglés que se asoma....

Como los ciudadanos no estaban por ello enfadados, se apresuraron á sacar partido de esta patriótica distraccion. El sol que daba sombras oblicuas sobre la puerta de la ciudad, les pareció tibio; llamaron á sus mugeres, á sus hijos, se abrieron las persianas de todos los balcones, y se vieron en ellos grupos de caras mas ó menos empaquetadas. Lo que vieron era natural y capaz de interesarlos, pues el cuadro de la escena ha sido conservado por un grabado (el mismo que has visto sin observarle), conocido bajo el título de *The gate of Calais*. El desórden habia llegado á su colmo; empujaban, gritaban; las venderas del mercado clamaban enfurecidas, procuraban coger por la cola los pescados; pirámides de legumbres rodaban por el suelo, los niños eran atropellados, y como sucede raramente, los agresores pagaban los gastos de la guerra.

Hacian, sin embargo, mas ruido que daño, y el estraniero, causa primera del tumulto, era el menos maltratado. Las gentes que se agrupaban en su derredor disputaban y reñian, mientras que el reposaba. Habia tenido la prudencia de apoyarse contra el ángulo de una pared de manera que no pudiera ser vuelto, y mantenía su posicion distribuyendo puñetazos con órden y rapidez.

Era un joven robusto, de baja estatura y dotado de mucha sangre fria; sus facciones vulgares, pero enérgicas, tenían una espresion audaz y franca; su mirada penetrante



revelaba calma; su boca conservaba la expresión sardónica y risueña que sin duda le era natural; su mirada, alumbrada por el sol, que dejaba ver el color de su ropa, iluminaba una frente diáfana que dividía una profunda cicatriz; su mirada inteligente recorría la multitud y dominaba el sucesos. A sus pies rodaban pasteles, lápices, un cortaplumas, así como una cartera entreabierta de donde salían bosquejos, croquis y apuntes: uno de estos dibujos representaba la puerta de Calais con sus soldados y un grupo de vendedoras del mercado.

A la vez que sostenía, solo contra todos, la lucha mas desigual, el joven había sabido poner al abrigo detrás de una de sus piernas, la cartera que perdía de vista. Sin embargo, es fácil concebir lo que hubiera sucedido, si la intervención de cuatro militares vestidos de blanco no hubieran dispersado el tumulto; los soldados penetraron en la multitud que dividieron á culatazos, lo cual visto por el extranjero, lejos de manifestarse sensible á esta asistencia, llenó de invectivas al pueblo, reconviniéndole por sufrir que esbirros le culateasen, y calificándole de tropa de esclavos, indignos de elevarse á la dignidad de un pueblo libre.

Este extraño discurso, traducido por un malicioso escocés, encantó medianamente á los señores del regimiento de Picardía; por esto, sin mas esperar el sargento de la guardia inmediata, asió por la coleta á nuestro extranjero y le obligó á que le siguiera á casa del gobernador para sufrir allí un interrogatorio. Desde entonces, colocado bajo la protección de la ley, el inglés llegó á ser tan sagrado como ella; le siguieron, pues, tirándole piedras, y todos repetían: es un espía de Walpole y del duque de Cumberland, que levanta el plano de la ciudad por cuenta de Inglaterra.

—¡Maravilloso! exclamé; no hay en Europa trescientos escritores como tú.

—Pero como esta no es mi profesión, si me interrumpes otra vez, no podré continuar.

—Prosigamos, pues, hombre atrabiliario y docto; ya estoy mudo.

—Pues bien, á los tres días, este gobernador, el gobernador de Calais, oía hablar al inglés, que habiendo desembarcado en el continente, con las preocupaciones del pueblo de Londres, trataba á la ciudad como país conquistado, y abusaba con un cinismo imperturbable de las pocas palabras francesas que había conservado en su memoria.

En su consecuencia, nuestro gobernador afectó tomar como cosa seria la acusación de espionaje, y con la ayuda de un intérprete, hizo entender al prisionero que si no se firmaba la paz entre el rey Luis XV y el ministerio inglés se ahorcaría sin ceremonia al imprudente artista; y que por lo pronto estaría en un calabozo hasta nueva orden. A lo cual respondió el dibujante, que un inglés era libre en todas partes; que el gobernador tenía trastornado el juicio por haber bebido mucho ron, y otras impertinencias por el estilo. Las cosas llegaban á este punto, cuando el señor Grandsire, posadero, se presentó para reclamar su huésped, en atención á que pagaba bien y hacia los retratos de la gente de la hostería. La caución fué aceptada; permitiéndose al insular quedar en casa de su huésped y amigo, el honrado Grandsire, á la puerta del cual se colocaron dos centinelas.

Al cabo de algunos días, como la emoción popular no se calmaba, como además el inglés había convertido la cocina

del posadero en una cátedra, donde con la ayuda de una trucha, manifestaba los derechos del pueblo y tronaba contra el paganismo, le condujeron á orillas del mar, le metieron en una barca entre dos soldados y le despidieron. En vano nuestro héroe protestó contra semejante arbitrariedad, alegando que su voluntad era viajar por Francia y llegar á París. Debió consolarse dibujando la cara de sus guardias, los que después de tres horas de navegación le entregaron á pescadores de las cercanías de Ramsgate, prometiéndole que si osaba tomar tierra de Francia, sería ahorcado.

El aventurero breton se encogió de hombros, lanzó imprecaciones contra la canalla francesa, ofreciendo á los habitantes de Calais que recibirían nuevas suyas.

Este incidente estaba ya olvidado en Calais, cuando un día los habitantes vieron dos estampas burlescas pegadas por manos desconocidas en la puerta de la ciudad. Representaba la una lo que acabas de ver en la estampa del posadero, y el mérito principal de estas figuras consistía en la perfecta semejanza de los sujetos á quienes retrataba (1). La segunda plancha, intitulada *France and England*, representaba á los franceses disponiéndose á conquistar la Inglaterra: espectros llenos de harapos, narices deformes, jorobados, etc. A la izquierda sobre una carreta se veían materiales destinados á el establecimiento de un convento en Blackfriars, con ruedas, potros y otros instrumentos de inquisición.

A la derecha un oficial, sirviéndose de su espada á guisa de asador, suspende en la lumbre un trozo de carne para su comida. En lontananza, mugeres medio desnudas están ocupadas en las labores de los hombres, pues faltan los brazos para la agricultura. Las preocupaciones inglesas, bajo el antiguo régimen, han representado constantemente á la Francia como un país arruinado, poblado de frailes gordos y de soldados debilitados por el hambre. Estas ilusiones acerca de los ejércitos franceses y españoles, reanima entre los ingleses su espíritu de conquista.

La sátira aquí era tanto mas amarga, cuanto que estaba llena de retratos. Todos reían á espensas de las víctimas de estas represalias; los mas maltratados se indignaban porque se hubiese dejado escapar al culpable, y querían que se declarase la guerra á la Inglaterra. El gobernador por su parte había recibido un ejemplar de su retrato, representado bajo la forma poco heráldica de una sabandija. Mandó arrancar los grabados pegados á la puerta de la ciudad, y los mandó quemar en público. Pero antes, mirando al letrero inscrito debajo de las viñetas, había descifrado el nombre de WILLIAM HOGARTH.

—¿Presumes tú, pregunté á Evaristo, que esta anécdota es auténtica?

Y respondió:

—Yo había creído siempre que habría sido contada por el artista mismo. Ahora no puedo ya ponerlo en duda, pues la estampa satírica de la *Puerta de Calais*, que yo supongo del señor Grandsire, no ha podido ser dirigida mas que por el artista mismo á su antiguo huésped, la única intimidad que tuvo en la ciudad. Ningun otro se hubiera determinado á conservar la estampa del proscripto.

—Estas razones parecen bastante plausibles.

(1) Véase el grabado que acompañamos.



—Esta historieta es la completa relacion de los viages del celebre Hogart sobre el continente; jamás volvió á pasar el estrecho. La pobreza le echó de Inglaterra, donde jamás hubiera vuelto sin esta aventura. El capricho del gobernador de Calais es quien devolvió á los ingleses su mas grande pintor de costumbres.

Pocos dias despues, buscando en Lóndres la famosa estampa para cumplir el empeño contratado, recorrí las obras de este extraño artista y encontré allí un curioso asunto de estudios, en el cual no hubiera yo pensado sin este incidente.

Cuando me embarqué, Evaristo me acompañó hasta el muelle. Cuando estuve á bordo:

—Te has olvidado decirme, exclamó, por qué te consta que la prueba de nuestro posadero el digno Mateo, sea la misma que envió el artista al hostelero Grandsiré.

—Mi compañero se sonrió y replicó:

—Examinándola al través de la luz, he leído á espaldas de la estampa la dedicatoria del autor, á su antiguo huésped y amigo el palafrenero Grandsiré, firmado, William Hogarth.

F. V.

## DON JAIME EL CONQUISTADOR.

### I.

Una extraña ceremonia; pero muy en armonía con las costumbres de la época se verificaba en Mompeller en la noche del 1.º de febrero de 1207. Acababa de dar á luz un hermoso niño la reina doña María, hija de Guillermo de Mompeller y de la reina Isabel de Jerusalem y esposa del rey don Pedro II de Aragon. Era doña María señora de singulares prendas, pero que no habian sido suficientes á cautivar del todo el corazon de el fogoso monarca á quien mas que su esposa parece que le distraian las bélicas empresas que de continuo meditaba. Sin embargo, la reina habia quedado en cinta y retirada y casi desterrada allí en Mompeller, de donde era señora, se lisongeaba con la esperanza de que el niño que acababa de dar á luz seria una prenda que la volveria el afecto y la compañía de su esposo. Todo eran precauciones con el tierno infante, todo en él se queria que fuese singular y misterioso y para ponerle nombre se encendieron á un mismo tiempo, apenas nació, doce velas de igual tamaño, en nombre de los doce apóstoles, con el designio de ponerle el nombre del apóstol á quien perteneciese la vela que durase mas tiempo. Fué esta la de el apóstol Santiago, nombre que á todos pareció de feliz agüero y por eso pusieron al niño por nombre Jaime, haciendo todos los mas fervientes votos para que su existencia brillase como aquella luz emblemática, con resplandor puro y sereno, hasta que privada de alimento se remontase al origen eterno é inagotable de la vida y para que como su santo patron, fuese el terror de la morisma y un genio tutelar del reino en el duro trance de las batallas: en este particular los votos fueron ampliamente cumplidos y los deseos de todos quedaron bien satisfechos.

### II.

Este niño en quien se fundaban tantas esperanzas, apenas pasó tranquilo los primeros años de su infancia á el lado de su madre. Por razones de estado y de alta política formó el rey don Pedro, su padre, una alianza con el conde Simon de Monfort, uno de los señores mas poderosos de la época y tan sagaz político, que no estuvo contento hasta que consiguió llevarse consigo á Carcasona á el niño Jaime en rehenes de lo estipulado, calculando, como así sucedió, que el rey don Pedro no podria menos de faltar á sus compromisos antes de poco tiempo. Por razones de parentesco y de Estado tuvo el rey de Aragon que acudir al papa en favor de los sectarios albigenses á quienes vivamente hostilizaba el conde Simon de Monfort, llegando el caso de tomar las armas contra éste, viendo que todas sus pretensiones eran desatendidas. Peleaban con el rey don Pedro II, sus aliados los condes de Fox, de Beziers, de Cominges y de Tolosa, y hubieran reducido al último apuro al conde Simon de Monfort á quien ya tenian sitiado en el castillo de Muret, si el rey de Aragon precipitado, por su impetuoso valor, no hubiese perecido en una salida que hicieron los sitiados. Bien quisieran los aragoneses vengar su muerte, pero les detuvo la consideracion de que el niño Jaime, hijo de su soberano, se hallaba en poder del vencedor y no fué poco lo que costó á la reina viuda conseguir que el conde Simon de Monfort entregase el niño Jaime que ya tenia seis años, y aun para esta entrega tuvieron que mediar las órdenes del papa.

El heredero legítimo del reino de Aragon fué traído á Narbona, donde salieron á recibirle los síndicos de las villas y los rico-homes de Cataluña. Despues, y acompañado por su primo, el conde de Proenza, fué trasladado al castillo de Monzon, en el que se encargó de su leal custodia don Guillen de Monredon, gran maestre del Temple. Nombráronse tres gobernadores en el reino, hasta que reunidas las Cortes de Lérida, el jóven monarca fué presentado por Aspargo, arzobispo de Tarragona, al clero, á la nobleza y á los diputados de las ciudades. Entonces, al paso que el monarca juraba obediencia á las leyes, recibió de sus súbditos el juramento de fidelidad bajo esa arrogante fórmula, tantas veces puesta en duda, porque aun en estos tiempos de libertad pasma por su osadía.

«Nos que cada uno de por sí valemos tanto como vos, y todos juntos valemos mas que vos, os hacemos nuestro rey, si manteneis nuestros derechos y si no.... no.»

### III.

Colocado el jóven don Jaime en el trono de sus mayores y sintiéndose con edad y fuerzas para sosegar á los turbulentos, para contener la guerra civil y afianzar la paz del reino, se dedicó con el mayor empeño á tan loable objeto, teniendo la fortuna, que no siempre acompaña á los monarcas, de ser ayudado en sus empresas por los prelados y principales señores, que amantes sinceros de la prosperidad de su patria, daban al rey los mas sanos consejos y le sugerian esas providencias sabias y justas que han eternizado su memoria. El modo prudente que tuvo de poner término á las ambiciosas pretensiones de su tío el conde don Sancho,



el arreglo de la moneda jaquesa, la proteccion concedida á la órden de la Merced para la redencion de cautivos, fueron otras tantas providencias muy bien recibidas por los vasallos y que hicieron al monarca ser recibido en todas partes con las mayores demostraciones de júbilo.

Todas las medidas de don Jaime encaminadas al buen gobierno de sus reinos, por lauro que mereciesen, se eclipsaron bien pronto ante la nombradía que adquirió como valiente guerrero, siempre favorecido por la victoria. Ese título de *Conquistador* con que el rey don Jaime I de Aragón está designado en la gloriosa série de los monarcas españoles, se funda en treinta batallas ganadas y dos reinos conquistados; pero antes de estender los límites de sus dominios y de hacer la guerra á los infieles, que era su pensamiento capital, dejó bien asegurado el interior, reprimiendo la audacia de don Robrigo de Lizana y de don Pedro Fernandez de Azagra, señor de Albarracin, que fiados en sus castillos y sus gentes de armas, acostumbraban tener en muy poco el poder de los monarcas. Humilló tambien la arrogancia del altanero vizconde de Bearne, privándole de sus castillos de Cerverellon y de Moncada.

Despues de estos hechos empieza la brillante campaña de don Jaime contra los infieles que logró espulsar de sus dominios, embarcándose con un poderoso ejército para ir tambien á espulsarlos de las islas Baleares, cuya conquista acabó en el año de 1254. Valencia cuya posesion tanto apetecia se le rindió al fin en el año de 1258, habiendo logrado esta conquista á costa de su misma sangre, pues fué herido en el cerco de la ciudad. El impetuoso valor de don Jaime, le hacia presentarse siempre en las primeras filas al tiempo de acometer, y así como su ausencia llenaba de inquietud á sus soldados y envalentonaba á los enemigos, bastaba para un efecto contrario que unos y otros distinguiesen entre los apiñados combatientes el dragon alado que servia de cimera á el casco del rey conquistador.

#### IV.

Solo algunos estravios amorosos de fatales consecuencias y de los que mas tarde dió señales de verdadero arrepentimiento, pueden tacharse al héroe aragonés, pero que no fueron mengua de su valor, de su pericia militar y tambien de su piedad, porque uno de sus principales cuidados era restablecer la religion cristiana en las provincias conquistadas, edificando templos y proveyendo á las iglesias de sus legítimos pastores. Este mismo celo cristiano le hizo, no teniendo ya en sus dominios infieles que vencer; embarcarse para la conquista de la Tierra Santa que era entonces el objeto de el entusiasmo religioso de todos los pueblos de la cristiandad. Navegaba á toda vela por aquellas ondas del Mediterráneo, mientras que su imaginacion ardiente se lisongeaba con la esperanza de añadir un nuevo trofeo á sus glorias de la Peninsula, cuando de improviso estalla una violenta tempestad. Densas tinieblas cubren el mar, las olas encrespadas vienen á estrellarse contra los costados de las naves que en un momento son completamente dispersadas. Tan terrible espectáculo no era capaz de arredrar el valor intrépido de don Jaime, si no hubiese considerado este suceso como un aviso del cielo, y si en medio de los relámpagos y de los truenos no creyese haber escuchado una voz colosal que le reprendia su pensa-

miento y que le recordaba que sus campañas en la Peninsula eran tan meritorias y tenian el mismo objeto que las que en tan remotas tierras se iban á emprender bajo la proteccion y en nombre de la Cruz.

Volvió don Jaime á sus reinos y muy á tiempo, porque los infieles, aprovechando su ausencia y apoyados por los refuerzos que les venian de Africa, volvieron á tomar las armas, vencieron á dos capitanes de don Jaime y aun se apoderaron de algunas plazas. Acudió inmediatamente don Jaime á la defensa del Estado; pero sus intentos fueron atajados por una peligrosa enfermedad. Hizo el rey voto de vestir el hábito de monge cisterciense si convalecia de ella; pero con gran sentimiento de todos el mal se fué agravando en términos que don Jaime falleció en 26 de julio de 1276. Los últimos momentos del rey conquistador fueron dignos de toda su vida, dictó sus disposiciones y dió providencia á los negocios con admirable serenidad, y la historia hace mencion especial de los sabios consejos que dió á su hijo y sucesor el infante don Pedro.

—Ya sois rey, le dijo: desde este momento en que solo me conviene aspirar á una corona inmortal, resigno en vuestras manos el cetro que tantas fatigas me ha costado llevar sobre la tierra: que Dios, que es quien tiene en sus manos el corazon de los reyes, os inspire el acierto necesario para causar la felicidad de vuestros súbditos. Conservad á toda costa entre ellos la mas perfecta concordia, y sobre todo vivid siempre unido con vuestro hermano don Jaime, conde de Rosellon y de Mompeller. Juntos de todo sereis capaces, y juntos habeis de estar si es que habeis de triunfar de los sarracenos. Pelead y no pareis hasta desalojar de todo el reino á sus mas constantes y perniciosos enemigos. Este ha sido el pensamiento dominante de toda mi vida y este es el que os recomiendo en mi último suspiro.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

## MANGORA.

LEYENDA HISTORICA. (1530—1532.)

(Conclusion).

Y sus ojos brillan con fulgor incierto,  
Como poseidos de extraño pavor,  
Y un sudor helado sus megillas surca  
Hasta que les falta la respiracion.

Mientras la mirada del cacique, torva,  
Fascinante y fija cual la de un reptil,  
Sigue ansiosamente los efectos varios  
Que su maleficio llegó á producir...

Y cuando ya todos exhaustos, rendidos,  
Doblaron al pecho la pálida faz,  
Paróse de pronto con aire triunfante,  
Satánica risa dejando escapar.



Entonces sus indios, á un gesto que él hizo,  
Por una ventana dejaron caer  
La escala de cuerdas que oculta traian  
Debajo el plumage que forma su tren.

Y un hombre, Siripo, bajó velozmente,  
Y al punto Mangora tomando un tizon:  
«Guardad ese puesto» les dijo á los suyos:  
Y abriendo una puerta desapareció.

## V.

## LA SORPRESA.

*(...Reconociendo el traidor que todos dormian, escepto los que estaban de pósta en las puertas, aprovechándose de la ocasion, hizo seña á los de la emboscada, los que con todo silencio llegaron al muro de la fortaleza, y á un tiempo los de adentro y los de afuera cerraron con las guardas y pegaron fuego á la casa de la municion...—RUI DIAZ).*

*(Y entrando al fuerte todos se arrojaron sobre los españoles: los mas fueron prevenidos antes de tomar las armas: pocos las empuñaron y tuvieron glorioso fin con la muerte de sus enemigos.—GUEVARA).*

De repente el centinela  
¿Quién vive? dos veces grita,  
Y á la tercera, alarmado,  
El arcabuz amartilla,  
Y á un grupo que ve cercano  
Apunta resuelto y tira;  
Un alarido tremendo  
Le responde y gritaría  
De inmensa chusma que avanza  
En doble, apiñada fila.  
Inquieto vuelve los ojos,  
En redor tiende la vista,  
Y ve parte del castillo  
Presa de llama homicida,  
Que por instantes creciendo  
En rojos círculos gira:  
Entonces la guardia siente  
Que corre adentro y le grita:  
«¡Traicion, traicion! defendamos  
De nuestros gefes las vidas!»

En efecto, los salvages  
En redoblada cuadrilla,  
Con los españoles, dentro  
Cuerpo á cuerpo combatian:  
Pues el narcótico aleve  
No obró como presumian;  
Lara y sus demas valientes,  
Cual si una mano divina  
Les tocase, despertaron  
Ardiendo el pecho de ira,  
Cuando escucharon el tiro  
del centinela que huía.

Al instante valerosos  
Sobre la hueste enemiga,

Sable en mano se arrojaron  
Sin volver atrás la vista.  
Muchas cabezas volaron  
De sus troncos desprendidas  
A los primeros mandobles  
De sus diestras vengativas.  
Entremezclada la sangre  
El suelo empañó rojiza,  
Salpicando las paredes,  
Y en mil figuras distintas  
Impresas deñando en ellas.  
Señales del agonía  
Del misero que postrado  
Por ancha mortal herida  
Sobre ellas, bamboleándose  
Pasaba sus manos frias  
Dejando por todas partes  
Sangrienta, huella maldita,  
De las ansias que apurára  
Antes de rendir la vida.

En lo horrible de la escena  
Mucho de sublime había.  
Figuráos una gran sala  
Por la multitud henchida,  
Que en las tinieblas se busca  
A la claridad rojiza  
Que á intervalos serpeando,  
En las ventanas oscila,  
Y los objetos cercanos  
Rapidísima ilumina.  
Figuráos aquellos hombres,  
Ciegos de miedo ó de ira,  
Cerrándose á cuchilladas  
Sin saber á quien herian.  
Figuráos las maldiciones,  
El estruendo y gritaría,  
Los lamentos y plegarias.  
Y las voces confundidas  
Que víctimas y verdugos  
Arrojaban en la liza;  
Mientras que el eco sonoro  
Pausado las repetía,  
Y las llamas trepadoras  
Que el edificio envolvian,  
Protegidas por el viento,  
Que ronco y airado silba,  
Penetran por las ventanas  
Y los cercan homicidas.

En ese instante Mangora,  
Que ve su empresa fallida,  
Y que el triunfo se le escapa  
Porque los suyos vacilan,  
Seguido de Oviedo y Perez  
Al noble Lara divisa,  
Que se abre paso valiente  
Y á sus soldados reanima.

A tal aspecto, furioso  
Hacia él se precipita,



Alza su clava y veloz  
 Como tigre mal herida  
 Que se lanza al cazador  
 Que sus cachorros le quita,  
 De un salto á su retaguardia  
 Se coloca y en seguida  
 La deja caer certero  
 Con tal vigor y pericia,  
 Que casi á un tiempo rodaron  
 Oviedo y Perez sin vida,  
 Vuélvese Lara, mas antes  
 Que el golpe fiero aperciba,  
 Siente en el cráneo una mole  
 Que le abrumba, le fatiga,  
 Y posándose en su frente  
 Le hace caer de rodillas:  
 Pero antes que el postrimero  
 Suspiro exale, se afirma  
 Con la siniestra en el suelo,  
 La diestra y el cuerpo inclina  
 Hácia adelante, y muriendo,  
 Hasta el pomo, vengativa  
 En el pecho de Mangora  
 Esconde su espada invicta.

Cayeron los dos: y entonces  
 Los españoles sin guia,  
 Pocos y desanimados,  
 Sin amparo ni salida,  
 Sucumbieron á los golpes  
 De Siripo y su cuadrilla  
 Que por vengar á Mangora  
 Y á su nacion oprimida  
 Implacables no dejaron  
 Ni siquiera uno con vida.

Sin embargo, perdonaron  
 A sus mugeres é hijas,  
 Que en derredor del castillo  
 Corrian despavoridas:  
 Y en torno de él agrupados  
 Con los niños y cautivas  
 Le ven arder, cual dudando  
 Si fué su mano atrevida  
 Quien mató sus defensores  
 Y le redujo á cenizas.

Las prisioneras en tanto  
 En el suelo se arrodillan,  
 Y por sus esposos muertos  
 A Dios con fervor suplican,  
 Cubriendo de tiernos besos  
 A las prendas desvalidas  
 De su amor desventurado,  
 Puro aun y sin mancilla.  
 Pero ninguna, ninguna  
 Tanta compasion inspira  
 Como la causa del daño,  
 Como la hermosa Lucia,  
 A quien Siripo contempla  
 Y cariñoso suplica

Que enjugue su amargo llanto  
 Y no piense en su desdicha,  
 Porque él la aprecia, la quiere,  
 Y la amará sin medida...

Y cuando la luz naciente  
 Del sol anunciara el dia,  
 A la claridad mortuoria  
 De las llamas casi extintas,  
 Humeando pavoroso  
 Entre nubes amarillas,  
 Como lúgubre cometa  
 Que alguna desgracia indica,  
 El que un tiempo fué castillo,  
 Ahora escombros y ruinas,  
 Presenta una fiel imágen  
 De la humana frágil dicha.

## VI.

## MANGORA.

(Con la muerte de este capitán fué luego ganada la fortaleza, y toda ella destruida sin dejar hombre á vida...—RUI DIAZ.)

Murió Mangora como muere el bravo  
 Que no tolera la opresion servil;  
 Murió Mangora, de la patria mártir,  
 Rompiendo sus cadenas en la lid.

No importa que encendiera su cabeza  
 La pasión criminal de una muger,  
 Y del amor la fiebre matadora  
 Despertara su indómita altivez.

Con firme pecho, con robusto brazo  
 El á su empresa se arrojó, y audaz  
 Con su sangre selló su juramento,  
 Y nos legó una página inmortal,

Advenediza turba amenazaba  
 Sepultar en oprobio su nacion,  
 Y robarles sus hijos y mugeres  
 En nombre de sus reyes y su Dios.

Protegida del rayo, anonadando  
 En su carrera la indefensa grey,  
 En sus verdes llanuras levantaba  
 Los muros que afianzaban su poder.

Y si otros pueblos débiles sufrían  
 Con paciencia su vil degradacion  
 Ellos debían inclinar la frente  
 Y caer de rodillas á su voz.

Ellos podían contemplar serenos  
 A sus verdugos levantando allí  
 Las murallas y fosos que mas tarde  
 En mazmorras sabrían convertir?



No, ¡Dios eterno! no, antes que todo  
La independencia de los pueblos es,  
Y aunque sean salvajes, nadie tiene  
Derecho de robársela cruel.

Nadie tiene derecho de imponerles  
Un yugo de oprobiosa esclavitud;  
—El mundo no es herencia de una raza—  
Dios á todos dispensa vida y luz!

Por defender los ultrajados fueros,  
Por salvar á la patria de opresion,  
Todo medio por malo que parezca  
Es justo, permitido y no traidor.

Poco importa el motivo que arme el brazo  
Del valiente que se alza colosal,  
Y cuando todos tiemblan, él les muestra  
La senda del honor y heroicidad.

Hay algo de grandioso y sobrehumano  
En esa abnegacion de la virtud,  
Que se ofrece gustosa al sacrificio  
Imitando el ejemplo de Jesus.

Y si el noble cacique alimentaba  
Escondida en su pecho una pasion,  
En su mente sin duda imaginára  
Realizar ese ensueño encantador.

Pues la vida con nitidos celages,  
Bajo un cielo de rosa y azahar,  
Mas bella en su ilusion le pareciera,  
Mas digna de gozarla en dulce paz.

Peró una voz profética en su oido  
Resonó como un eco vengador,  
Y al grito de la patria despertando  
Su abrumante letargo sacudió.

Y primero que nadie en su delirio  
El llegó su proyecto á concebir;  
Mucho antes que Siripo sin saberlo  
Le hablase con aliento varonil.

Mangora no era vil... mas no podia  
Frente á frente vencer, entonces audaz  
Colocó su cabeza en la balanza  
Y por peso su amor y libertad.

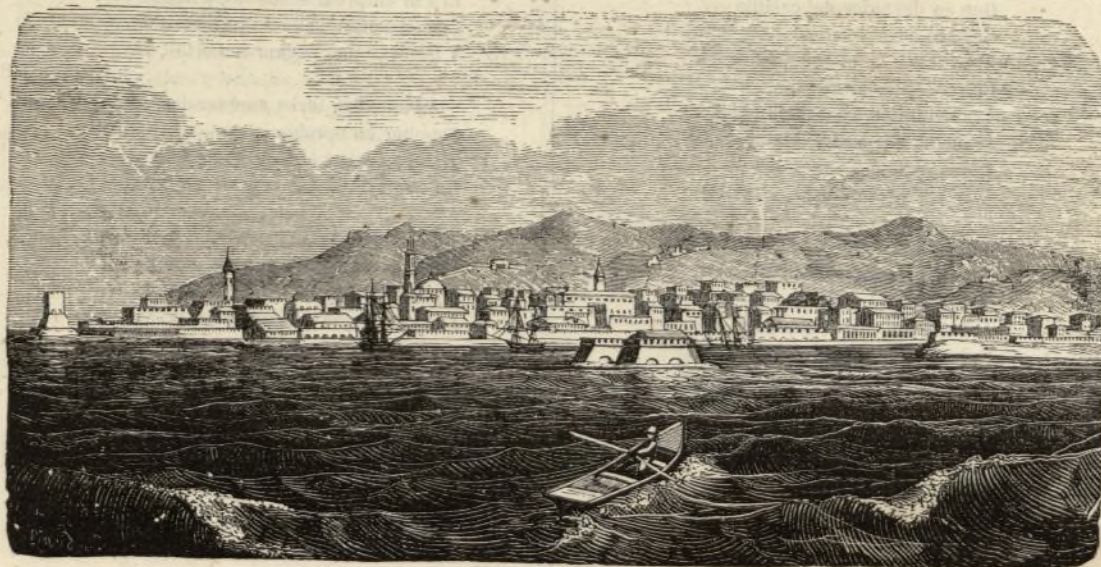
Y el arrojo y valor con que sereno  
Su peligrosa empresa realizó,  
Probaron que en el pecho del amante  
Se abrigaba un patriota corazon.

Y probaron tambien a lo que alcanza  
La venganza de un pueblo, si con él  
Valeroso se encuentra un hombre solo  
Que sepa su destino comprender.

Un ciudadano fuerte que no tema  
Cual Mangora en su empresa sucumbir,  
Y que grande y altivo, mártir muera,  
Rompiendo sus cadenas en la lid!

\*A. MAGARIÑOS CERVANTES.

## GEOGRAFIA PINTORESCA.



Vista de Mesina, en Sicilia





## ESTUDIOS GEOGRAFICOS.



Fábricas de Sedan.

## SEDAN.

Bajo este nombre se conoce una ciudad en Francia situada en el departamento de las Ardenas, que es cabeza de distrito y de dos territorios, á tres y un cuarto leguas E., S. E. de Mezieres y á ocho y media N. E. de Rathel, á orillas del Mosa, en cuyo punto es navegable, y la divide en dos partes muy desiguales, reunidas por un puente de piedra, y de las cuales la mas considerable ocupa la margen derecha un poco mas abajo de la confluencia del Chiers. Hay en esta ciudad tribunales de primera instancia y de comercio, registro de hipotecas, direccion de contribuciones indirectas, almacenes de tabaco y de pólvora, inspeccion de bosques, cámara consultiva de manufacturas, consejo de hombres buenos, sociedad de agricultura y otra biblica protestante.

Las fortificaciones de esta ciudad, eran en otro tiempo importantes, pero han estado abandonadas en estos últimos años, y consisten en muchos hornabeques y otras obras circuidas de fosos, y una ciudadela que se conserva en bastante

buen estado. Esta ciudad está dividida en Alta y Baja, tiene dos puertas, buen caserío y algunos edificios públicos notables, entre otros el palacio en donde nació Turenna, y en el cual se ha establecido el arsenal, bien provisto de armas de todas clases, y de antigua, pero lucida armazon; tiene ademas una iglesia y tres capillas católicas, un templo calvinista, un hospital militar, un establecimiento de hermanas de la Caridad, un hospicio para niños espósitos, un colegio comunal, una clase de dibujo lineal, una biblioteca pública, una cárcel y un coliseo, y ademas es notable en esta poblacion la estatua de Turenna, colocada en la plaza de la casa consistorial.

Por los fosos de la plaza pasa un pequeño canal procedente del Mosa, que fué abierto en la margen izquierda con el objeto de facilitar la navegacion, que era muy dificultosa en el interior de la ciudad. Sedan es famosa por sus numerosas fábricas de paños finos, la primera de las cuales fué establecida en 1646, por N. Cadeau, y tambien se tejen en ellas cachemires, castorinas, etc.; se fabrican ademas en esta ciudad cardas y otros instrumentos nuevos para tundir los paños, gorros de lana, aretes de acero y otros objetos, y hay tambien muchas hilanderías de lana, tenerías y tin-



torerías. La ciudad de Sedan hace un comercio lucrativo de comision y de tránsito en todo género de mercancías y celebra cuatro ferias anuales. Es patria de Turena, del profesor calvinista Capel, del hábil pintor Desportes, de los tres Delincourt, protestantes, el uno teólogo y los otros dos literatos, y del legislador y filósofo Baudin.

Su población asciende á 12,610 habitantes, y en las intermediaciones hay muchas herrerías.

Esta ciudad es muy antigua, y cayó en poder de Carlos el Calvo, quien la conservó hasta el año 880, en cuya época Luis, rey de Germania, tomó posesion de ella, así como de las tierras de su dependencia. Ignórase la época en que este señorío fué erigido en principado independiente; pero es cierto que después de haber pertenecido á diferentes señores, entre otros, á Roberto de la casa de la Tour de Auvernia, en 1391, y que permaneció en esta familia hasta el año 1641, en cuyo tiempo fué cedido en cambio de Epernay, los ducados de Chateau-Thierry y de Albret, el condado de Evreux, etc., y reunido á la Francia bajo el reinado de Luis XIII, y en la antigua provincia de Champaña hizo parte del Rethesles. Luis XIII concedió grandes privilegios á las fábricas de esta ciudad, la cual se vió en seguida privada de la independencia municipal, de lo que se resintió mucho la industria, pero esta volvió á florecer bajo el ministerio de Colbert. Habia ademas en esta ciudad una célebre universidad protestante que existió hasta la revocacion del edicto de Nantes.

El distrito se divide en cinco territorios: Cavignan, Monzon, Raucourt y Sedan. (N. y S.); comprende 93 parroquias, y 54,388 habitantes.

## EL PALACIO DE MONTSABREY.

### NOVELA.

#### (Conclusion).

Así trascurrían plácidamente los días. La señorita de Montsabrey, que conocía su ignorancia y quería proporcionar á su madre una sorpresa agradable, se apoderaba con avidez de cuantas ideas nuevas se ofrecían á su imaginacion. No habia concluido el invierno, y ya tenía resarcido el tiempo perdido. Semejante á los arbustos de los países meridionales, á los que basta un día caloroso de la primavera para cubrirlos de botones y de flores, sabia ya tanto como la mayor parte de las jóvenes de su edad. Y aun las llevaba una ventaja preciosa, y era que amaba lo que sabia, y nutria con ello su pensamiento: su educacion no habia sido un puro ejercicio de memoria.

Acercábase el fin del invierno, y la señora de Montsabrey no habia vuelto ni se tenían noticias suyas. El doctor escribió entonces á los encargados de negocios de Francia en Milan, Roma, Venecia y Florencia: la señora de Montsabrey no se habia presentado en ninguna de las capitales de Italia. Envió tambien un ugeto de su confianza para que se informase en París, pero nada pudo conseguir porque el palacio del vizconde se hallaba cerrado ya hacia muchos meses. En sus posesiones de Berry nadie sabia el paradero

del vizconde, y aun su mismo administrador lo ignoraba. ¿Qué se habia hecho la señora de Montsabrey?... ¿Por qué regiones viajaba?... Mientras que la infortunada llevaba su desesperacion á lejanos países, la felicidad la aguardaba en el umbral de su puerta.... Habia en eso algo de punzante, capaz de desgarrar el corazon más indiferente.

—¿Por qué no se halla aquí mi madre? preguntaba constantemente Lucila á sus amigos; ¿por qué tarda tanto en volver?... me llora, y nada la dice que su hija respira y la llama.

A veces queria partir y buscarla por todo el mundo: parecia que un instinto infalible guiaria sus pasos, y no se resolvía á creer que la tierra, por mas grande que fuese, pudiera encubirla por mucho tiempo á su amor. Otras, sola en su habitacion, abria el balcon, se sentaba junto á él, y la llamaba en alta voz.—¡Madre mia!... ¡madre mia!... decia, yo te grito á mi vez. ¡oyeme!... ¡respóndeme!... Todos los ruidos que se oian en lo esterior la hacian estremecerse: el galope de un caballo ó el sonido de un carruaje agolpaban la sangre á su corazon. Ya se acordarán nuestros lectores del compañero fiel que velaba sobre Lucila cuando era niña, y la hacia volver al palacio si se entretenia demasiado en los bosques: pues bien, aquel excelente animal la seguia por todas partes y siempre se hallaba á su lado. La jóven le decia algunas veces:—Turco, ¿en dónde está mi madre? ¡búscala, buen perro!.... Turco, al momento meneando la cola olfateaba todos los rincones de la habitacion, salia del patio dando lastimeros aullidos, reconocia los campos inmediatos, y volvía con las orejas bajas á tenderse á los pies de su jóven ama, que le acariciaba tristemente. Habia dias en que el desaliento se apoderaba de Lucila, pero los tres amigos que velaban sobre ella la reanimaban con consoladoras palabras. El doctor la prometia el próximo regreso de la señora de Montsabrey: el cura la inculcaba la sumision á la voluntad de Dios, y Federico redoblaba sus atenciones y ternura fraternal. Conmovida con tanto cuidado y afecto, la amable niña temia ser ingrata, y recobraba la esperanza y la felicidad.

Los primeros dias de la primavera completaron su regeneracion. Asistió al despertar de la naturaleza, como Eva al contemplar por primera vez los encantos del Eden, y sus facultades acabaron de desarrollarse, como la corola de una flor, con los tibios besos del sol. La juventud y la inteligencia aparecian radiantes en su frente, y en su mirada en otro tiempo inmóvil: la vida circulaba bajo el sonrosado alabastro de su rostro, y hasta en los rizos de sus rubios cabellos, con los que la brisa se complacia en jugar. Jamás hermosura mas suave se habia sonreido á la claridad del cielo: todo reverdecia, florecia y esparcia el gozo y el contento en derredor de ella, que era una de las gracias de la creacion.

Con el buen tiempo volvieron tambien los largos paseos. Iban todos juntos siguiendo los vallados, admirando y comentando el poema eterno que tenían á la vista. Federico ya no pensaba en marchar, y olvidaba todo lo que no era Lucila: no ambicionaba nada mas que respirar el ambiente que ella respiraba, y embriagarse á cada momento con el encanto de su voz y el atractivo de su presencia. Su conciencia estaba tranquila: habia querido alejarse, pero el doctor le retuvo hablándole de deberes que tenia que cumplir. ¿Qué le reservaba el porvenir? ¿Cual seria el desenlace



de su prolongada permanencia en el palacio de Montsabrey? No se inquietaba y dejaba que trascurriesen los días. Los dos hermanos no abrigan por su parte ninguna desconfianza: cándido como un niño, y completamente tranquilo por la actitud de Federico y por la pureza de Lucila, el cura había tomado el partido de no alarmarse por su intimidad; el doctor mismo, secretamente complacido de tener por huésped á aquel joven que amenizaba su soledad, el doctor, á pesar de su perspicacia y penetración, vivía en una paz profunda. Aquella seguridad fué al fin turbada.

## VIII.

Ya hacia largo tiempo que Lucila deseaba bajar á San Mauricio: un domingo, en que la mañana estaba hermosa, se apoyó en el brazo del doctor y se dirigió á la aldea: Federico iba á su lado. Cuando llegaban á la plaza, la multitud silenciosa había entrado en el templo y comenzaba el oficio divino. Los aldeanos, que solo conocían á la señora de Montsabrey por sus beneficios, apenas habían visto á su hija, pero la pobre inocente había sido por espacio de diez años la preocupación de la aldea. La noticia de su muerte los había consternado, y su resurrección era el asunto de todas las conversaciones. La dueña del *Aguila de Oro*, no titubeaba en decir á cuantos llegaban, que Federico era el que la había salvado y devuelto la vida y la razón. Como el joven pintor era apreciado en toda la aldea, nadie se había opuesto á creerlo: por manera, que en dos leguas á la redonda, Federico pasaba por haber resucitado, en menos de un año, al grande San Mauricio, y á la señorita de Montsabrey. Acudían en peregrinación á visitar el cuarto que había ocupado en el *Aguila de Oro*; y durante la misa todas las miradas se fijaron en él y en Lucila. Ambos eran tan hermosos y tan encantadores, que el pensamiento no podía menos de destinarlos al punto del uno para el otro. Al salir de la iglesia, la multitud los rodeó y los acompañó hasta la casa del cura. Lucila pasó el resto del día en el presbiterio y se retiró con el corazón impregnado del buen perfume que allí se respiraba. Había vuelto á tomar el brazo del doctor, pero á los pocos pasos, éste, detenido por un grupo de mujeres que desde por la mañana acechaban su vuelta, tuvo que ceder á Federico el brazo de la señorita de Montsabrey. Los dos jóvenes atravesaron la plaza y llegaron al sendero de la montaña, sin escuchar las conversaciones de la muchedumbre que les dejaba espedito el paso.

—Sin embargo, él es quien la ha salvado, decía uno.

—Y será bien recompensado, añadía otro. Es una excelente cura á fé mia, pero la joven es hermosa.

—Creedme, compadre, proseguía un tercero, solo la juventud puede salvar á la juventud.

—Pardiez, decía el maestro Sylvano, he ahí un parisienso que no ha perdido el tiempo entre nosotros. Es muy buen oficio el de pintor.

—Sí, replicaba Leonardo, eso produce mas que varear las nogueras.

Lucila y Federico se apresuraron á sustraerse de la curiosidad de los habitantes, y caminaban por el desierto sendero apoyado el brazo de la joven en el de su amigo. Era la vez primera que se encontraban solos, y se embriagaban sin turbación ni remordimientos con aquella felicidad que no habían buscado. No se decían nada que el doctor y el

cura no hubieran podido oír, y con todo se conceptuaban dichosos de caminar el uno al lado del otro sin mas testigo que la celeste bóveda. Jamás les habían inquietado la miradas que los vigilaban, y no obstante, gozaban con delicia aquella primera hora de soledad y de libertad. La tarde estaba hermosa: á alguna distancia del palacio fueron á sentarse en el otero en que Federico vió por primera vez á la señorita de Montsabrey. Las estrellas comenzaban á aparecer, y en los setos resonaban los gorgoros de las aveciñas que se retiraban á sus nidos. Largo tiempo permanecieron en silencioso recogimiento, mirando los naranjados colores de la postura del sol y del crepúsculo, prestando atento oído al confuso rumor que se sentía en el valle y abismados en la contemplación del esplendor de la noche.

—Aquí fué, dijo por fin Federico, en este sitio, en donde nos encontramos, en el que os vi por primera vez, un hermoso día de otoño. No hice mas que veros al paso y desde entonces fuisteis la única preocupación de mi vida.

Y el joven pintor refirió el repentino interés que le había inspirado la suerte de Lucila. Sus palabras tenían la facilidad y la elocuencia de los sentimientos sinceros: Lucila encantada no pensaba en interrumpirle: la voz de Federico llegaba hasta su corazón mas fresca y mas embalsamada que el viento que hacia inclinar en derredor suyo las yerbecillas y las floridas retamas.

Cuando concluyó de hablar:

—¿Con que segun eso, le dijo, antes de conocerme pensabais en mí y os interesabais en mi desgracia? ¡Cuán bondadoso sois, amigo mio!... Escuchad, puesto que estamos solos, quiero decir una cosa que jamás me he atrevido á decir delante del doctor y del cura. En el tiempo en que mi vida no era mas que un sueño penoso, veía todas las noches un ser misterioso que se sentaba junto á mi cabecera y que se os asemejaba como un hermano. Mirábame sonriéndose, y yo sentía que mi inteligencia se desprendía sin esfuerzo de los lazos que la oprimían. Me hablaba y encontraba sin trabajo palabras para contestarle: tenía todas vuestras facciones; su voz era suave como la vuestra, y cuando os vi al despertar, reconocí al amigo que me visitaba en mis sueños.

Habían vuelto á caer en sus reflexiones silenciosas; callaban para escuchar mejor el lenguaje divino de sus almas. A dos pasos del collado en que se hallaban sentados, el doctor, que acababa de llegar, y á quien no veían, los miraba ya hacia algunos instantes, con ademán triste y pensativo.

—Hijos míos, dijo con bondad, ya es tarde; Hipócrates es de opinión que no conviene esponerse por mucho tiempo al fresco de las noches serenas.

Tan puros como los astros del cielo que brillaban sobre sus cabezas, los dos jóvenes no sintieron al oír la voz del anciano, ni rubor en la frente, ni confusión en el corazón. Pero se hallaban conmovidos. El resto del camino se atravesó en silencio, y el brazo de Lucila temblaba en el del doctor; Cuando volvieron á la casita, Federico, en vez de concluir la velada con su amigo como tenía de costumbre, le apretó la mano y se retiró á su habitación: la felicidad necesita recogimiento, y como el dolor, prefiere la soledad.

Las estrellas iban palideciendo, el oriente comenzaba á blanquear, y el doctor se paseaba todavía por las calles de árboles de su jardín. Había oído y recogido la víspera todas las conversaciones de San Mauricio y observado el mundo éxtasis de Lucila y Federico; una declaración mútua no le



hubiera podido descubrir mas. Hasta aquel día, el buen doctor no había visto en la inclinación de la joven hacia el pintor, mas que un instinto irreflexivo del que la razón concluiría por triunfar. Por otra parte, la ternura puramente fraternal que Federico manifestaba á la señorita de Montsabrey le tranquilizaba. El buen doctor comprendía un poco tarde que se había equivocado. ¿Qué debía hacer? ¿qué partido convenia adoptar? La situación era peligrosa: si Federico se alejaba ¿qué sería de Lucila? y si se quedaba, ¿hasta dónde llegaría aquel afecto que no se atrevía todavía á declararse? ¿Se resignaría la señora de Montsabrey á entregar la mano de su hija á un artista desconocido? y el vizconde, que no carecía de altivez aristocrática, ¿se prestaría á un enlace tan desigual? Por cualquier lado que examinase el asunto, el doctor no veía mas que obstáculos y dificultades. Pensaba con tristeza en el porvenir de los dos jóvenes á quienes amaba, y en la vida de Lucila, que apenas acababa de aparecer, y se veía ya espuesta á pruebas muy duras: pensaba con terror en la prolongada ausencia de la señora de Montsabrey, y se sentía abrumado con la grave responsabilidad que pesaba sobre su encanecida cabeza.

Después de reposar algunas horas se disponía á bajar á aldea para consultar con su hermano, y al abrir la verja del jardín se encontró al cartero.

—Una carta para vos, caballero.

El doctor prorumpió en una exclamación de júbilo al reconocer la letra del sobre: aquella carta era de la señora de Montsabrey. Mientras la buscaban en Italia, la madre de Lucila que no había abandonado la Francia, vivía retirada en San Rafael, en el Var. La carta decía así:

«San Rafael, 23 de junio de 1846.

«Mi antiguo amigo.

«He llegado aquí moribunda, y no he querido pasar mas adelante. ¿Para qué? Mi dolor no es de los que buscan distracciones, y puesto que no he muerto, viviré. ¿Por qué habeis consentido que se aprovechase de mi desmayo para arrancarme del lecho donde mi hija acababa de espirar? Era para salvarme y se me ha dicho: marchad, el dolor no mata. Me siento, en fin, con fuerzas para volver á la mansión en donde por tanto tiempo he vivido con mi amada Lucila. Allí quiero vivir y extinguirme yo misma sola con su imagen. Jamás he comprendido esos corazones débiles que temen habitar los sitios que les recuerdan sin cesar á los seres queridos que han perdido. Dentro de algunos dias estaré á vuestro lado. No espero ya felicidad aquí abajo, y mi único consuelo será hablar de ella á todas horas. Colocad á la cabecera de mi cama el retrato que me habeis prometido. Os había escrito pidiéndoselo, pero por una compasión cruel, mi hermano retuvo la carta. ¿Es eso, Lucila mia, todo lo que me resta de ti?...

«Hasta la vista, amigo mio, y Dios vele sobre vos...

«Amelia de Montsabrey.»

En cualquier momento, la promesa del próximo regreso de la señora de Montsabrey, hubiera colmado de júbilo al doctor; pero en el estado á que habían llegado las cosas, la recibió como un beneficio y como una bendición del cielo. La experiencia le había enseñado que el cuidado de vigilar

á dos jóvenes, es una tarea demasiado árdua. El regreso de la señora de Montsabrey, zanjaba todas las dificultades: el afecto mútuo de Lucila y de Federico no tendría tiempo de crecer ni de echar profundas raíces y su separación no pondría en peligro su existencia. El anciano, á quien la felicidad había devuelto la agilidad de la juventud, corrió á la habitación de Federico.

—La señora de Montsabrey ha escrito; ¡vuelve! exclamó: vamos á llevar con presteza tan buena noticia á su hija.

Al oír aquellas palabras, el joven pintor se puso pálido como la muerte, y el doctor, sin observar la alteración de su semblante, le arrastró consigo hacia el palacio.

—Hija mia, dijo aproximándose á Lucila que se paseaba por el jardín, dentro de pocos dias abrazareis á vuestra madre.

Lucila lanzó un grito de gozo, y tomando la carta que la alargaba el doctor, la cubrió de lágrimas y de besos.

Federico, triste y silencioso, se mantenía de pie á su lado: había tenido un sueño muy halagüeño y acababa de despertarse.

## IX.

Federico comprendió inmediatamente que su papel había concluido, que su tarea estaba cumplida, y que ya no le quedaba que tomar mas que un solo partido. No le era permitido titubear, y sin embargo, también había comprendido que su deber era esperar á la señora de Montsabrey: la fuga, en el momento de su llegada, hubiera tenido la apariencia del remordimiento. En cuanto á Lucila, solo un sentimiento llenaba su corazón: iba á volver á ver y á abrazar á su madre: ni aun siquiera había cruzado por su mente el pensamiento de que Federico debía partir, y si alguno le hubiese dicho que estaba á punto de perder á su amigo, le habría contestado con una sonrisa de incredulidad.

Todo estaba preparado para el regreso: el doctor sabía que la alegría puede matar repentinamente como el dolor, y quería preparar á la señora de Montsabrey: conocía que sucumbiría si la anunciaba bruscamente la resurrección de su hija, lo había previsto todo, lo tenía bien calculado, y Lucila y los criados habían prometido ayudarlo.

Una mañana se hallaban reunidos en el salón del palacio, Lucila, el doctor, el cura y el joven pintor. El salón, lleno de flores é inundado de sol, tenía la apariencia de un día de fiesta. Los cuatro personajes aparentaban estar dominados por una emoción de que fácilmente puede formarse idea: el doctor acababa de recibir algunas líneas del vizconde anunciándole para aquel mismo día la llegada de la señora de Montsabrey. Los dos ancianos procuraban calmar la agitación de la joven. Testigo de la felicidad de todos, Federico saboreaba en silencio el único goce que no le estaba prohibido: en aquella mansión, en que por tanto tiempo había habitado la desesperación, no existía mas desgraciado que él. Por un sentimiento de discreción fácil de comprender, hubiera querido no asistir á la primera entrevista, pero sus amigos insistían, y puesto que había presenciado la pena, debía también ser espectador de la recompensa.

Las horas trascurrían lentamente para Lucila que estaba en sumo grado impaciente. A cada momento miraba el reloj, se asomaba al balcón, dirigía con avidez sus miradas



hacia el campo, y volvía á sentarse con desaliento. El aguardar es el suplicio de la felicidad. Habían ya tocado á la oración del medio día en la iglesia de San Mauricio, cuando de repente, Turco, que se hallaba tendido á los pies de su ama, se levantó, enderezó las orejas, y dirigió la nariz al viento. Casi al instante se oyó á lo lejos el ruido de un carruaje que se iba aproximando. Rodeada del doctor, Federico y el cura, Lucila se mantenía de pie en el hueco de una ventana: estaba pálida, temblorosa y se apretaba el corazón con ambas manos. En fin, un grito se exhaló de su pecho: una silla de posta acababa de entrar en la calle de árboles y avanzaba á galope hacia el palacio.

—¡Es mi madre!... ¡es mi madre!

Y la joven hizo un movimiento para correr al encuentro de la señora de Montsabrey: el doctor la detuvo con autoridad.

—Es eso lo que me habeis prometido, hija mía!... Dominaros un poco. Vuestra madre ha resistido el dolor de perderos: ¿quereis que sucumba al gozo de volveros á encontrar?...

—Si, amigo mio, tendré fortaleza, seré dueña de mí misma, dijo Lucila arrojándose en los brazos de su anciano amigo: pero en nombre del cielo apiadaos de mí, y no prolongeis demasiado tiempo esa dura prueba...

Algunos instantes despues, la puerta del palacio se abrió de par en par, y el enlosado del patio se movía debajo de las ruedas de la silla de posta. Los dos hermanos habían bajado hasta el pie de la escalera y aunque Federico los siguió, se mantenía un poco apartado. El doctor fué el que abrió la portezuela y bajó el estribo, y luego con mucha galantería ofreció la mano á la señora de Montsabrey. La madre de Lucila estaba tan desmejorada, que los criados agrupados en derredor del carruaje apenas la reconocían: lágrimas de enternecimiento corrían por todas las mejillas. Dirigió en torno suyo una mirada dolorosa, se apoyó silenciosa en el brazo del doctor, y subió con lentitud la escalera: mientras tanto, el párroco que había llamado á parte al vizconde, le iniciaba en el secreto. En presencia de los criados había reprimido su emoción, pero apenas entró en el salón, se dejó caer en un diván y prorumpió en sollozos. Los dos ancianos y el vizconde, sentados junto á ella, contemplaban con un sentimiento que casi se asemejaba al remordimiento, la explosión de aquella desesperación, que con una sola palabra, podían transformar en trasportes de alegría.

—Amigo mio, dijo al doctor en cuanto se calmó un poco, enseñadme el retrato de mi hija.

—Señora, replicó con gravedad el doctor, consultad bien vuestro valor. Erais la mas infortunada de las madres, acababa de espirar vuestra hija cuando se hizo ese retrato: ¿tendreis fuerza para verle?

—Si, amigo mio, si... ¿Mas por qué esas flores? ¿por qué ese aparato de fiesta en medio de mi desolación y de mi luto? ¡Ah! ya comprendo, mi hija amaba las flores, y habeis querido que todo me hable de ella... Habeis hecho muy bien, amigo mio: me parece que respiro su alma envuelta en esos perfumes... Dadme su retrato, añadió con nuevas instancias.

—Temo...

—Nada temais: he visto morir á mi hija y puedo soportarlo todo.

—¿Estais bien segura, señora?

—Si, amigo mio, respondo de mí... ¡Ah!... ya lo sabeis, jamás la vida iluminó el rostro de mi pobre Lucila; la muerte no ha podido alterarle.

—Pues bien, señora, dijo el doctor, puesto que estais segura de vos misma, puesto que os hallais preparada á todo, pues que creéis poderlo soportar todo... volved la cabeza y levantad la vista: vuestra hija se halla encima de vos.

La señora de Montsabrey se estremeció, se volvió con viveza y se quedó inmóvil y como acómetida de estupor delante del retrato de Lucila, que Federico había concluido algunas semanas antes. Era una pintura muy buena, verdaderamente digna del pincel de un maestro. Se conocía que el artista había consultado mas de una vez su corazón para reproducir la imagen del modelo. En la frente resplandecía la vida y la juventud; brillaba el pensamiento en la mirada; los labios, llenos de bondad, se entreabrían con dulce sonrisa; el pecho respiraba con fuerza y facilidad, y los cabellos caían por las sienes y las mejillas en rizos rubios y graciosos. Había en la expresión de aquel dulce semblante algo del asombro de Psiquis en el momento en que su alma acababa de despertarse á la felicidad.

—¡Dios mio! ¿es un sueño?... exclamó la señora de Montsabrey: ¡vive, respira, piensa, va á hablar!... Oh, amigos míos, es mi Lucila, es mi hija dos veces resucitada...

—Señora, dijo el cura: Dios hace todavía milagros, los hace todos los días; los que no los ven son unos ciegos: los que los niegan son ingratos.

—Dios, que me ha llevado á mi hija, no me la devolverá: murmuró meneando tristemente la cabeza.

—Dios puede devolverosla, señora.

—¿Qué decis?... ¡Ah!... ¡dejadme! ¡dejadme!... balbuceó la señora de Montsabrey, pudiendo apenas sostenerse.

—Si, señora, Dios puede devolverosla; Dios lo puede todo, añadió el párroco elevando la voz. Llamad á vuestra hija, llamadla con la fé de una cristiana... Tal vez vereis animarse ese retrato, tomar un cuerpo y desprenderse de su cuadro para venir á caer en vuestros brazos.

La señora de Montsabrey mira alternativamente, con el estravió de la enagenación mental, al cura, al doctor y al vizconde, que se sonreían. Pero todavía dudaba y vacilaba.

—¡Lucila!... ¡Lucila mía!... ¿en dónde estais?... exclamó al fin con voz fuerte y vibrante.

Al concluir aquellas palabras se abrió la puerta de la pieza inmediata, y Lucila se arrojó en los brazos de su madre.

Federico había asistido al fin de aquella escena, y colocado discretamente en el hueco de una ventana, reflexionaba con amargura que ya no había para él ningún sitio en aquella familia restituida á la felicidad. Nadie pensaba en él mas que Turco, que le lamía las manos. Iba á retirarse cuando la señora de Montsabrey le dirigió algunas palabras afectuosas; acababa de saber que á aquel joven debía el retrato de su hija. En la embriaguez de su júbilo no pensaba mas que en darle las gracias, y no procuraba informarse por qué razón se hallaba en el palacio.

Despues de contestar con voz balbuciente, Federico se retiró y pasó el resto del día en andar solo por el campo y en visitar por última vez los sitios que tanto amaba y que llenaba la imagen de Lucila. Comió en una alquería y no volvió hasta el anochecer. La casa del doctor estaba vacía, pues



aquel no había salido del palacio; Federico se ocupó inmediatamente en los preparativos de su viaje. Cuando estaba arreglando sus lapiceros y pinceles, oyó llamar á la puerta y quedó algun tanto sorprendido al ver en el umbral al vizconde de Montsabrey.

El vizconde, que generalmente pasaba por un caballero completo, tenía el semblante impasible, el aire frio y acompasado, una elegancia que no variaba jamás, una urbanidad tan esquisita que casi rayaba en impertinencia, un talento tan correcto y un saber vivir tan refinado, que después de sufrírle una hora dejaba á cualquiera muy poco satisfecho; mas por otra parte era hombre galante, y una prueba de ello era su abnegación con su cuñada y el cariño que profesaba á su sobrina. Entre otras pretensiones tenía la de ser aficionado á las artes é inteligente en ellas; pero á los artistas los reputaba como á una especie de animales que participaban del castor por la inteligencia, del iroqués por las maneras, y que Dios había colocado en la tierra únicamente para pintar cuadros ó hacer estatuas. Solo la vista del sombrero de Federico le había sumergido en el mas profundo estupor. Al saber que aquel jóven hacia muchos meses que había llegado á ser como huésped del palacio, no pudo disimular su asombro, y no imaginó mas que una explicación plausible para la permanencia de Federico en San Mauricio, y fué la de que todo trabajo merece recompensa, y que aquel jóven no quería abandonar el país sin haber cobrado sus honorarios.

—Caballero, dijo el vizconde después de saludarle y de sentarse á su lado: el doctor nos ha enterado de todo lo que habeis hecho por mi sobrina: siento sinceramente el no haberlo sabido antes. El tiempo es precioso para vos, y sin propósito deliberado hemos abusado de él extraordinariamente. Me complazco en reconocer que el retrato de Lucila es una verdadera maravilla. No toméis estas palabras por un puro cumplimento: he recorrido la España, la Italia y la Bélgica, y confieso que he visto pocas pinturas que me hayan agradado tanto. Fijad vos mismo el precio de vuestro trabajo, y sea cual fuere, jamás creeré haber pagado demasiado caro una obra tan notable.

Al concluir aquellas palabras el vizconde sacó una cartera; Federico le había escuchado sin comprenderle. Al ver abrir la cartera se le puso encendido el rostro, y adivinó que tenía que habérselas con uno de esos hombres de mundo que creen que todos los servicios pueden pagarse con dinero.

—¿Es la señora de Montsabrey la que os envía, caballero?... preguntó con voz breve.

—Mi hermana se halla enteramente ocupada con su hija, y no ha podido pensar todavía en cumplir con vos. Permittedme, pues, caballero...

—Nada me debeis, señor vizconde, respondió con frialdad Federico; mi trabajo, puesto que así os dignais llamarle, se encuentra pagado en mucho mas de su justo valor con el tierno é interesante espectáculo á que he asistido esta mañana. No quiero mas recompensa que el júbilo y la felicidad de la señora de Montsabrey.

—Sin embargo, caballero...

—No insistais, señor vizconde, dijo Federico con un tono seco que no admitia réplica.

El vizconde conoció que acababa de cometer una torpeza, se levantó un poco confuso y se retiró redoblando sus atenciones.

—¿A dónde diablos va á fijarse la altivez? decía empujando la verja del jardín. Desde que un emperador recogió el pincel del Ticiano, no hay rapazuelo que no se tenga por un gran señor.

Una hora después volvió á su casa el doctor, y concluyó con su jóven amigo la velada, que era la última que debían pasar juntos. Federico había resuelto llevarse consigo el secreto de su corazón, pero hubo un momento en que no pudiendo dominarse, ocultó su cabeza entre sus manos y dejó correr sus lágrimas. El anciano conocía la causa de su llanto, no tenía necesidad de la confianza del desgraciado jóven, y le estrechó entre sus brazos durante largo tiempo.

—¡Animo, hijo mio!... le decía: que la conciencia del bien que habeis hecho os reanime y sostenga. Vuestro corazón no es el único que se halla lastimado; en la hora de vuestra partida no llorareis solo. Animo, mi querido Federico, sed fuerte por ella y por vos. Hay tres grandes doctores que aunque no firman recetas, curan mas enfermos que toda la facultad de medicina; esos tres doctores, que son el trabajo, el arte y el tiempo, os curarán, amigo mio. Llegará un día en que el dolor que en este momento os anonada, no será para vos mas que una imagen risueña, el mas fresco y el mas puro de cuantos recuerdos os habrá dejado la juventud.

Al día siguiente, después del medio día, Federico, acompañado del doctor, se presentó en el palacio en traje de viaje. La señora de Montsabrey, Lucila, el vizconde y cura, se hallaban reunidos en el salón.

—Señora, dijo después de saludar respetuosamente á la señora de Montsabrey, sin atreverse á fijar los ojos en Lucila; vengo á despedirme de vos. Os soy ya inútil: he hecho ya el poco bien que podia haceros. El espectáculo de vuestra felicidad jamás saldrá de mi memoria: mi júbilo mas dulce, mi mas querido orgullo, será el pensar siempre que me ha sido dado, á mi que valgo tan poco, el ocupar un lugar en vuestra vida.

A pesar de la firme resolución de ocultar lo que pasaba en él, no pudo sostener su papel hasta el fin. Trabábasele la lengua y sus palabras se volvian confusas. Cuando volvía la cabeza para ocultar su emoción, vió dos lágrimas en los ojos de Lucila, y él mismo se sintió próximo á llorar.

—Con que partis cuando yo llego, caballero... le dijo la señora de Montsabrey suplicándole que se sentase: lo siento mucho, pero no me estraña. ¿Hace tanto tiempo que no habeis visto á vuestra madre y á vuestra hermana!... Y además, los trabajos de vuestro arte os llaman á Paris, porque allí es en donde únicamente se adquiere nombradía. Me complacería en teneros á mi lado, porque apenas me habeis dejado tiempo para daros las gracias, pero eso seria demasiada exigencia: quizá no os agradaria, y yo, caballero, jamás me lo perdonaría.

Cada una de aquellas palabras penetraba en el corazón de Federico como una punta de acero. En su mudo dolor, acusaba á la señorita de Montsabrey de ingratitud y sequedad, y en verdad que no era aquella la despedida que se había figurado. Había contado con la franca expresión de un sentimiento sincero, y no encontraba mas que la urbanidad que da el trato de la sociedad.

Se levantó para retirarse; pero la señora de Montsabrey le detuvo y le obligó á sentarse. Poco á poco la conversación tomó un giro mas afectuoso y casi familiar; la señora de la



casa preguntaba al artista acerca de su familia, sus primeras obras y sus proyectos, y cada respuesta de Federico la probaba que el buen doctor y el cura no habian exagerado nada alabando y ensalzando las cualidades de aquel jóven. Lucila callaba; pero su semblante revelaba su ansiedad. La señora de Montsabrey la observaba como al descuido, y á veces fijaba en ella una mirada que parecia descender hasta el fondo de su alma.

—Sin embargo, caballero, quiero pagaros una deuda, dijo interrumpiendo bruscamente el hilo de la conversacion. Sé que habeis rehusado las ofertas de mi hermano, y creo que me tratareis con menos rigor. No partireis, no podeis partir sin llevar una prenda de mi reconocimiento.

Federico, ofendido y casi humillado como la vispera al escuchar al vizconde, se levantó con la muerte en el corazon, y dirigió á la señora de Montsabrey una mirada de dolorosa reprension. Todos los personajes que presenciaban aquella escena se levantaron al mismo tiempo. Lucila, próxima á desfallecer y pálida como una mortaja, se apoyó en el brazo del doctor, que participaba en secreto del martirio de los dos jóvenes.

—Señora, dijo el pintor, permitid que me retire. El día está muy adelantado, viajo á pie, y el punto donde he de pernactar dista mucho de aqui.

—Al menos nos dispensareis, caballero, dijo el vizconde con cortesía, el obsequio de admitir un carruaje hasta la poblacion inmediata.

—Sois muy bondadoso, señor vizconde, contestó Federico, que no pudo menos de sonreirse.

La señora de Montsabrey se acercó á él, y durante algunos instantes le estuvo mirando con una espresion de inefable ternura. Lo habia al fin comprendido y adivinado todo.

—Jóven amigo, dijo á Federico con voz tan dulce, que este sintió dilatársele el corazon; hay una recompensa que quizá no rehusareis: la única que puedo ofreceros, la única digna de vos. Hija mia, dame la mano.

Sostenida por el doctor y por el cura, medio muerta y medio sonriéndose, Lucila se adelantó hácia su madre.

La señora de Montsabrey tomó la mano de su hija, la puso en la del jóven, y uniéndolas les dijo:

—Los dos sois mis hijos.

El doctor y el cura lloraban.

El vizconde, impasible, no podia creer á sus ojos y á sus oidos.

La señora de Montsabrey se volvió hácia él y le dijo:

—¿No habíais pensado en ello?...

—Seguramente que no, contestó el vizconde.

—Pues bien, hermano mio, añadió con amabilidad, tendremos un artista en la familia.

El vizconde se mordió los labios y respondió con dignidad.

—Uno de mis antepasados conoció á Leonardo de Vinci y á Primatice en la corte de Fontainebleau; nosotros hemos protegido siempre las artes.

—San Mauricio no ha sido ingrato, dijo el buen cura, asiendo de las manos á Federico.

Porque el piadoso anciano no vacilaba en proclamar la intervencion del santo patrono en el feliz desenlace de esta historia.

Algunos dias despues, la familia de Federico llegaba al palacio de Montsabrey.

Federico se arrojó al cuello de su hermana, y conduciéndola á donde estaba Lucila:

—Parti, la dijo, para reunirte un dote, y he encontrado en mi camino el amor y la felicidad.

## INCONVENIENTES DEL BASTON.

Este pequeño dige, que antes era considerado como un juguete pueril en manos de los hombres, ha venido á ser hoy una prenda casi indispensable para la generalidad, á pesar de los grandes inconvenientes que tiene su uso. Comencemos.

El baston espone á quien lo lleva á incurrir en ciertas faltas que suelen traer malos resultados, cuando no descubren mala educacion y falta de crianza.

En primer lugar, el que usa diariamente baston no acierta jamás á desprenderse de él; le convierte en compañero inseparable de su persona y pierde con el tiempo la natural desenvoltura y flexibilidad de maneras que distingue al hombre culto.

El que penetra en un salon de baile, teniendo que desprenderse en la antesala de su perpétuo apéndice, no sabe luego donde poner las manos, camina con paso incierto, lleva los brazos caidos como dos salchichas y presenta á los ojos de las niñas vivarachas el aspecto de un hombre vulgar y poco hábil en lides amorosas.

En visita nunca permanece quieto el baston. Unos chupan el puño, otros se escarban las orejas cuando es puntia-gudo como el pico de una chocha, otros agujerean la alfombra con la contera sin advertir las amenazadoras miradas de la dueña de la casa, otros se sacuden el polvo de los pantalones, otros se entretienen con el perro ó el gato haciéndoles cosquillas ó dándoles golpecitos en el lomo. Algunos le agitan continuamente de un modo insoportable y desvanecen á las personas inmediatas.

En la calle vemos blandir el baston de muy diversos modos. Lo mas comun es á lo tambor mayor, aunque muchos tambien ejecutan la suerte del molinete, que consiste en darle muchas vueltas entre los dedos. Si el dueño se para á encender un cigarro ó á conversar con un amigo, suele colocarle debajo del brazo sin cuidarse de los ojos que pueda saltar. Algunos le llevan á rastra como si fuese sable de caballería, y van metiendo un ruido infernal.

En el paseo llevan los elegantes cogido el baston por la mitad; adoptan cierto movimiento de vaiven, y pegan estocadas y aun palos á los que alcanzan por delante y por detrás. Si el piso está húmedo y la contera tiene lodo, jaspean de pintitas á los que tocan. En días de frio se meten los elegantes el primer tercio del baston en el bolsillo del gaban sin duda para que no le entre pulmonia. Los jugadores, los perdidos y los calaveras le llevan cogido por la contera y describen con él círculos y curvas sin temor de sacudir ni de que les sacudan.

El baston ha ido tomando tan exageradas proporciones, que algunos le consideran como arma homicida. Los vemos de nudos, gruesos como arbustos, con puños de bronce y cabezas de turco del tamaño de una bala de cañon; de cayado ó ritornello; de vuelta con un gancho afilado como el



de los traperos; y finalmente, con chuzo, estoque, espada y hasta con pistola. Estas armas son muy peligrosas en manos de un hombre de genio violento y revelan cobardía en quien las lleva continuamente.

Los bastoncitos de moda tienen borlas, y hemos observado que su estension se va prolongando de dia en dia. Antes que la estravagancia las haga llegar hasta la contera, como sucedió en 1854, quisiéramos dar una voz de alerta á los

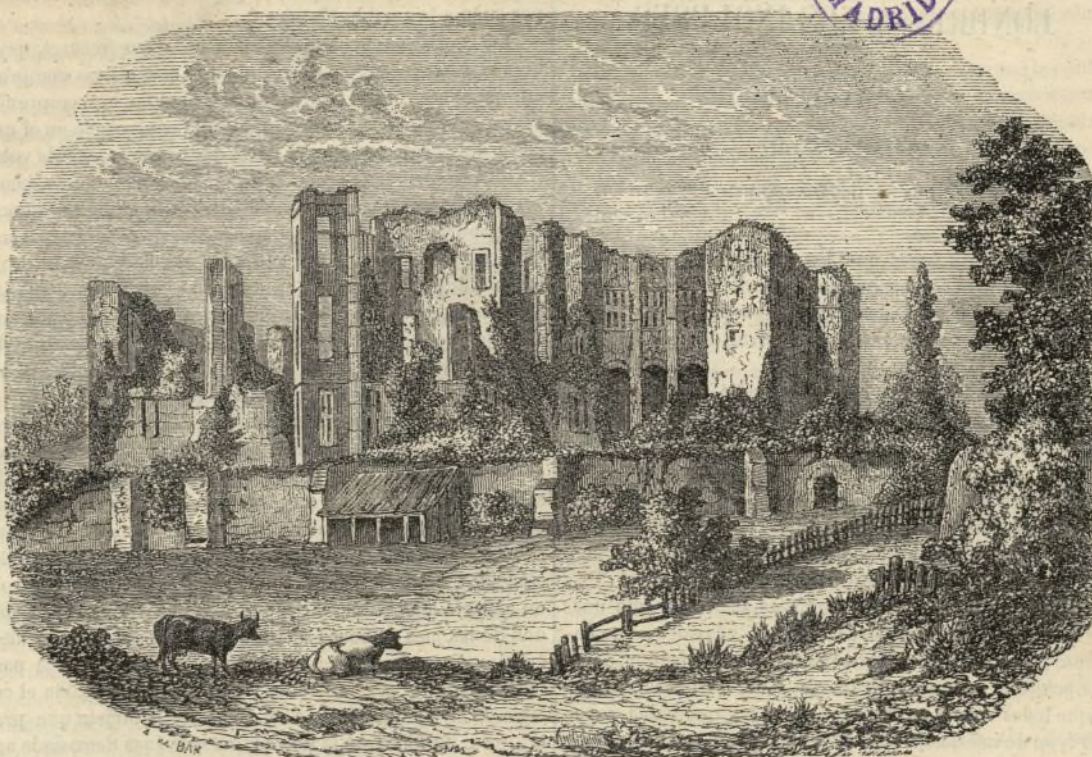
hombres de buen gusto, no solo para que repriman sus manietas, sino para aconsejarles que lleven las manos libres de todo entretenimiento inútil y embarazoso, porque así conviene, como ya hemos dicho, á la actitud airosa del cuerpo, á los movimientos naturales y desembarazados de los brazos y de los manos, debiéndose advertir de paso, que el manejo mal empleado del baston puede contribuir en muchas personas al andar poco airoso y poco elegante.

## TIPOS ESTRANGEROS.



Jóvenes escoceses.





Ruinas del castillo de Kenilworth.



El castillo de Warwick.



## LONDRES Y LOS INGLESES.

(Continuacion.)

## ARTÍCULO IV. (1).

Los mercaderes ingleses y sus tiendas.—El museo Soane.—Una expedición á Hampton—Court.

Sucede muchas veces que los mercaderes ingleses, se manifiestan tan poco solícitos en poner de muestra y presentar á la vista las baratijas, que por prudencia se abstiene el comprador de pedir las temiendo privar de ellas al vendedor.

Esto es cabalmente lo que me sucedió con un lonjista de mercería, cuyo almacén estaba abundantemente surtido de agujas, carteritas, cajas de cartón y de marfil, estuches, etc., aunque él lo disimulaba lo mejor que podía. Tenía este buen hombre una hija encantadora, precioso auxiliar en otros países cuando se trata de atraer parroquianos. Luego que entré, la jovencita hizo ademán de retirarse, pero yo la detuve dirigiéndole directamente á ella la palabra.

Después de haber elegido algunos artículos y como unos cuarenta paquetes de agujas, los enseñé al padre, que calándose las gafas leyó atentamente la contraseña pegada en cada paquete: puso algunos aparte, y me hizo observar que aunque todos eran á un mismo precio, los que había separado eran de inferior calidad: los reemplazó con otros y me entregó todo el surtido. Ya me había alejado cuando me llamó para darme el ramillete de rosas que había dejado olvidado encima del mostrador; lo cogí y ofrecí á su hija, que me dió las gracias en francés; el padre hizo lo mismo, y cuando estaba en el umbral de la puerta se levantó para saludarme afectuosísimamente.

Había adquirido un conocimiento: desde entonces aquel almacén fué el centro de mis correrías por aquel cuartel; entré dos ó tres veces en él sin que comprase cosa alguna. Cuando llegaba, el buen hombre gritaba: ¡Amelia, Amelia! y la linda joven salía á recibirme.

Estas buenas gentes nunca me hicieron la menor pregunta, aunque yo en calidad de extranjero que desea instruirse, procuré me informasen de cuanto deseaba saber, y siempre era la señorita Amelia la que contestaba. En aquel país el hablar es trabajo grave, y las jóvenes toman á su cargo aliviar de él á sus ancianos padres. Cuando hice mi visita de despedida, la señorita Amelia me dijo:

—Vos, caballero, sabéis mi nombre, y yo desearía saber el vuestro para poder nombraros cuando hable de vos con mi padre después que os hayais asentado.

Hé aquí la única vez que se me hizo semejante pregunta; mas fué con una intención tan delicada, expresada con un acento tan dulce, tan natural y sencillo, que tuvo todo el encanto, toda la gracia de la amable verdad.

Medió el adiós postrero, yo le estreché la mano diciéndola mi apellido; me desearon un viaje feliz, habiéndome dicho antes con mucho agrado que para conocer bien á Londres se necesitaba visitarlo mas de una vez.

Tal es el proceder y modo de conducirse estos honrados

y sencillos vecinos de la Cité, que en otro tiempo tuvieron por cuna á la amable Flandes.

En las diferentes tiendas y almacenes que recorri, probé á regatear el precio de los objetos que quería comprar; en semejante caso el mercader al principio no comprende lo que esto significa, y cree que se ha equivocado en el número de la contraseña; pero luego que ha comprendido vuestra idea su sorpresa es manifiesta, y con el ademán de hombre caballeroso que se ve humillado por no haberse conocido su honradez, ó que por equivocación se sospecha que trata de engañaros, os hace entender con lisura, mas de un modo indulgente y cortés, que siendo el comercio demasiado honrado y cabal en sus tráficos para subir los precios mas de lo justo, no hay motivo para rebajarlos. Todo esto dicho con un gesto, una sonrisa y un tono de voz tan claramente expresado, que solo un necio será capaz de insistir.

Alejándome de la Cité, me dirigía á *Chancery-lane*, cuando recibiendo un golpe en la espalda me vi asaltado por diez pares de botas.... pintadas en una tabla que andaba sola. Así me pareció en un principio, pero luego vi detrás á un hombre que la paseaba para enseñar á las gentes aquel colosal cartel. Yo escapé, y atravesando el soportal de los abogados, monumento gótico moderno muy caprichoso y de un aspecto algo chinesco, me encontré en *Lincoln in fields*, uno de los mas estensos *squares* y el mas poblado de altos árboles. Estando allí me acordé que tenía una escuela para poder visitar el museo Soane, y dejando á mi espalda el colegio de cirugía me dirigí á él. Mediante la tarjeta que presenté me franquearon la entrada en esta casa demasiado angosta, en donde está depositada la colección de antigüedades, objetos raros y curiosos y cuadros colocados con cierta elegancia que el distinguido aficionado Mr. John Soane legó á su país. Se encuentran en este recinto consagrado á las artes, mármoles griegos y romanos, con fragmentos de la época bizantina; dibujos originales, vasos, camafeos, vidrieras pintadas y algunos cuadros interesantes, entre los cuales citaré una copia en pequeño del *ex-voto* que pintó fray Bartolomé para la familia de Carondelet, cuyo original pertenece al cabildo de Besançon. Este cuadro se conoce con el nombre de San Sebastián, solo con la diferencia de que en este en vez del fundador se ve á una mujer pintada puesta de rodillas. Se encuentran también allí la *Ripa dei sciaroni* en Venecia, pintura de Canaletto, una de las dos mas admirables que existen. Pero lo mas interesante de esta colección, y que encargo vean con detención los viajeros, son las obras del profesor William Hogarth, tan raras como originales en su clase. En este museo están sus diez mas interesantes lienzos, divididos en dos series: la una consta de cuatro cuadros en que se representa los incidentes que ocurren en un pueblo cohechado en tiempo de las elecciones para la Cámara de los Comunes. Estos cuadros gozan de una celebridad muy justa: el buril los ha reproducido: se habla de ellos en todas las biografías, y muchos viajeros vuelven de Londres sin haberlos visto por ignorar su paradero. Jamás en obra alguna se han llevado tan lejos ni expresado con tan vivos colores como en estos lienzos la vida, el movimiento, la jovialidad y el talento crítico. Componen una pintura de las costumbres tan atractiva, tan clara y tan completa, que jamás escritor crítico podrá bosquejar en el papel; no es solo una representación, una pintura, es la realidad, la verdad misma. El

(1) Véase el número de abril.



observador asiste á la junta, y es tan curiosa la escena que la estaría contemplando horas enteras. La lucha de los dos candidatos, la animacion de sus partidarios, la seduccion en la taberna, los electores impedidos ó moribundos que traen casi arrastrando al escrutinio, los specches al aire libre, los hurrasal vencedor, las cerraduras y silbidos al vencido, los tonelessin tapa y vacios, las pependencias y alborotos, las secretos sobornos, las ventas vergonzosas, todo esto se mezcla, se confunde y está en movimiento; cada uno grita y se resiste: la escena está en todas partes, los semblantes, las fisonomías hablan. Sola la naturaleza es capaz de distribuir y coordinar con claridad una série de ademanes y caricaturas tan variadas y diferentes en medio de una baraunda que bulle y se agita hasta tal punto. Una descripcion minuciosa y bien coordinada de estos cuatro asuntos compondria un romance satirico tan completo como divertido.

La segunda série de los cuadros de W. Hogarth se llama: *El aldeano pervertido* y de ellos se ha tomado el argumento de la novela y el drama francés de este nombre; pero la escrita por el pintor en sus lienzos es mas dramática, mas espantosa y cómica, á un mismo tiempo. Se recorre con la vista los seis cuadros, que son otros tantos actos de una composicion teatral filosóficamente combinada. Iba ya á desposarse un lugareño con una hermosa jovencita de su pueblo cuando hereda un rico patrimonio. Vedlo ya á vueltas con mayordomos, administradores y abogados. Deslumbrado con tanta riqueza abandona á su prometida, marcha á Londres, toma coches, admite criados y despliega un lujo digno de un príncipe. Despues derramando el oro á manos llenas se le ve descender por todos los grados de la escala social. Caballero gallardo, entonado y vanidoso se abandona á la disipacion, se pule y desaparece su rusticidad; rodeado de bellacos y estafadores frecuenta los garitos, se encenaga en los lupanares: se bate en desafio, cae en manos de corchetes, se deja apalear, robar. Su aspecto y fisonomía se vuelven groseras é innobles, su salud arruinada por los desórdenes lo abisma en una anticipada vejez y rodando de prision en prision, pasa de vicioso á ser criminal, hasta que al fin viene á terminar su vida en un hospital de locos en donde su prometida lo vuelve á ver con un sentimiento de pesar mezclado de horror.

Este lúgubre drama está espesado con una valentía que espanta: la accion, el movimiento dominan siempre y en todas partes. Particularmente llama la atencion una escena de orgia poblada de mugeres prostitutas, de repugnantefisonomía, pero de una belleza diabólica: jamás se ha presentado la infamia bajo tan hechiceros rostros.

Las elecciones y el aldeano pervertido solo pueden compararse con los otros seis cuadros del mismo autor que tuvimos ocasion de admirar en National Gallery, que representan la historia satirica de un matrimonio á la moda, epopeya siniestra á la par que burlesca de la vida avara y desordenada.

Apareció nublado el sol al día siguiente; el tiempo presentaba mal aspecto, las nubes principiaban á arrojar menudos copos de nieve y cansado del bullicio de la ciudad, conocí que necesitaba respirar aire mas puro: la campaña que descubria al través de los sombríos parques me incitaba á recorrer los campos para descansar mi vista entre la espesura de las florestas. Me reuní pues, con otros viajeros que habian dedicado aqueldía á visitar Hampton-Court. A

las nueve y media montamos en omnibus en Piccadilly, que atravesamos en toda su longitud, y me vi con mucho placer fuera de las puertas de Londres.

Sin embargo, los caseríos multiplicados alargan la ciudad, que al fin los abarcará dentro de su recinto: los cotos y cercas verdes y frescas se suceden unas á otras ostentando sus pequeños jardines; de vez en cuando se vislumbra el Támesis, cuyas orillas van estrechándose de cada vez mas, y al cabo de hora y media de marcha, entramos en la ancha y montuosa calle de Richmond. La residencia de los antiguos reyes de Inglaterra en aquel sitio fué causa de que se edificase un lugarecillo y su proximidad al parque lo ha convertido en villa. A medida que subiamos la cuesta por una ancha y concurrida senda, iba estendiéndose el horizonte, y luego que llegamos frente á *the-star and Garter*, palacio magnifico junto á la reja del parque que habitó no ha mucho el difunto Luis Felipe, descubrimos un hermoso punto de vista que contemplamos en toda su estension desde la terraza sombreada con corpulentos y frondosos árboles: un vasto horizonte limitado por ribazos y cuevas bajas, fértiles y abundantes, se presentó á nuestra vista: en el valle el Támesis serpenteando por la verde yerba reflejándose el cielo en sus aguas; ocultándose y volviendo á aparecer acá y allá entre la espesura de tilos, bayas y encinas: por todas partes se desplegaban ricas praderas pobladas de numerosos rebaños: sobre la derecha se estiende Richmond en forma de anfiteatro hasta el mismo rio poblado de caprichosas fábricas y embarcaciones.

Nos tendimos sobre la yerba un breve rato, luego volvimos á subir en los omnibus, que nos condujeron á Hampton-Court. En el camino se pasa por delante de la casa de Pope, y un poco mas adelante se descubre un pequeño edificio de estilo antiguo y severo que se dice fué habitado por Cromwell.

Nada mas mágico y sorprendente que el primer aspecto de Hampton-Court á lo último de una grande calle de castaños, tilos y álamos negros siempre verdes y poblados de hojas y ramas; en las mas estrechas que salen de la principal, oscuras por su frondosidad, se ven esparcidos y á su libertad innumerables venados, ciervos y corzos, que se agrupan alrededor de los corpulentos troncos y se acercan hasta la misma orilla del camino para ver pasar los carruages. Así se avanza por aquella magestuosa calle acompañada por ambos lados con cuatro hileras de elevados árboles hasta llegar á aquel palacio de los encantos, á aquel edificio, cuya historia y origen se parecen al cuento del tiempo de la *Piel del asno*.

Habia en cierto tiempo un rey poderoso y temido cuya voluntad era absoluta, su corazon de bronce y su crueldad implacable: ofenderle en lo mas mínimo, disgustarle, eran crímenes que se pagaban con la vida. Se habia casado muchas veces y luego que sus esposas le cansaban las entregaba al verdugo.

Un hombre solo fué el que habia conseguido domesticar á este tigre, crearse un poder casi igual y reinar á nombre de este déspota receloso y desconfiado: el rey se llamaba Enrique, y su privado fué el cardenal Wolse, hijo de un carnicero.

Viéndose en la cumbre del poder, colmado de honores y riquezas, este sátrapa inquieto y voluptuoso quiso un día construirse una vivienda digna no de un monarca si no de un dios.



Para realizar sus proyectos, Wolseio compró, ó por mejor decir, tomó en arriendo las tierras de Hampton por espacio de noventa y nueve años, según estilo del país, y con facultad á sus herederos de renovar la escritura de dicho arriendo.

El palacio se construyó, si no con la unidad que exige la ciencia arquitectónica, al menos con todos los caprichosos adornos, esculturas, torreones almenados, patios espaciosos y demas bellós adherentes que forman un todo tan pintoresco como agradable.

Visto desde fuera, Hampton presenta por todos sus costados perfiles tan caprichosos como inesperados: en el siglo XVI solo habia en este palacio dos grandes patios de aspecto verdaderamente feudal y encantador, pero despues Guillermo III mandó añadir cuatro cuerpos de edificio y una

se habló que llegó á ofenderse el rey. Cumplimentó á su ministro, y echándole una mirada muy significativa, le dijo:

—Habeis concebido la noble idea de haceros construir un palacio, cuya magnificencia oscurece la de todos nuestros sitios reales.

Asustado con estas palabras, y diestro en leer en lo íntimo del corazón del monarca, el favorito contestó:

—Mi fin ha sido construir una morada digna del rey mas poderoso del universo, y puesto que V. M. se digna juzgar que lo he conseguido, me es ya permitido realizar todo mi proyecto y ofrecerle el palacio que le habia destinado.

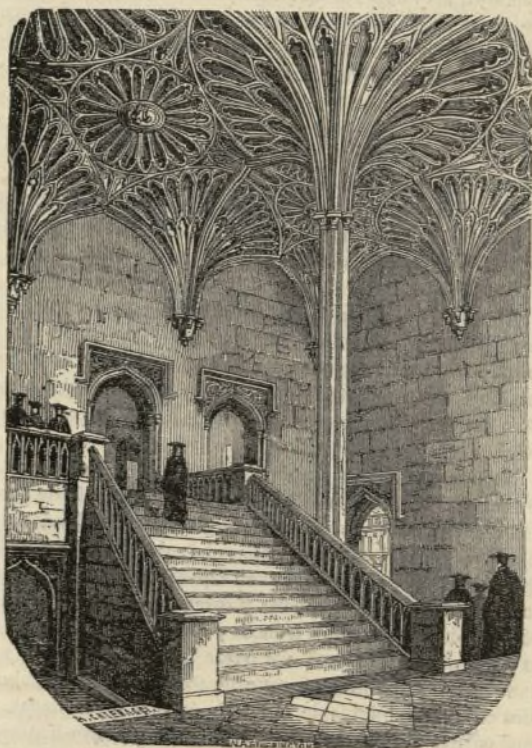
Este regalo mantuvo aun cinco años la amistad del rey para con su favorito, que cayó en desgracia por el influjo que ejercia en el ánimo del monarca Ana Bolena, á quien el mismo ministro habia contribuido vergonzosamente á elevar; vió confiscados sus bienes, y mas dichoso que su enemiga, tuvo la suerte de espirar miserablemente cuando lo conducian al cadalso.

Los sucesores de Enrique VIII se esmeraron en embellecer á Hampton-Court, que á pesar del mal gusto que se observa en algunos ornatos, conserva aun un magnífico aspecto; los muebles y alhajas de este palacio no carecen de interés: la alcoba donde dormía la reina Ana está adornada con un lecho primoroso, y el cortinaje y colgaduras de tela muy antigua se fabricaron en Spitafield; el comedor está colgado con tapices de Arras, y á la verdad son muy dignos de observarse. Tambien se conserva el estudio de Wolseio, adornado el techo con rosas y lises; pero la ventana está restaurada.

En este mismo palacio, y en una larga, aunque un poco oscura galería, es donde se admiran los siete cartones que pintó Rafael, y sirvieron de modelo para los tapices que se tejieron en Arras para la capilla de Leon X. Estos dibujos hechos con colores, son de mayor tamaño que el natural, y representan algunos pasajes sacados de la vida de los apóstoles y del Evangelio. Tambien se encuentran allí una interesante colección de retratos, pintados por Holbein, de los principales personajes de la corte de Enrique VIII. En fin, esta galería, la mas rica de Inglaterra, posee mil veinte y siete cuadros de todas las escuelas, entre los que merecen citarse el Rabino judío de Rembrandt, y el San Ignacio de Loyola del Ticiano. Muchos mas podría citar, pero los conserjes instaban para que despachásemos pronto, y no hubo remedio.

Pero no debo olvidar el gran salón gótico (*the great hall*) principiado por Wolseio, y que mandó concluir Enrique VIII; por todas partes se ven grabadas y enlazadas las cifras del monarca y Ana Bolena: cifras que unió una pasajera pasión y que separó el hacha. Tiene este salón seiscientos pies de longitud, cuarenta de ancho y sesenta de elevación: el techo ogivo es de encina esculpida, formando dos largas filas de claves suspendidas; las paredes están adornadas con ocho tapices que representan algunos acontecimientos de la vida de Abraham. En todo es verdaderamente magnífico y puede rivalizar con Westminster-Hall.

Es tambien Hampton-Court el recinto de los recuerdos: en él nació Eduardo VI y donde murió Juana Seymour. El sucesor de Enrique VIII celebró en su gran salón el capítulo general del orden de la Jarretiera: en él se desposó Felipe II, rey de España, con María. La reina Isabel gustaba mucho de este palacio, en el que daba magníficas funciones: en



Oxford. Escalera de Christ-Church-college.

columnata de órden jónico que podia muy bien haber suprimido el arquitecto Cristóbal Wren.

Luego que hubo satisfecho su antojo, y apurado los mármoles y el talento de los artistas, cuando hubo realizado sus ensueños, el cardenal Wolseio, este hombre que desde el polvo de la nada se veia entronizado, estuvo á pique de naufragar y dar al traste con su opulencia y valimiento.

Por todas partes se encomiaban las bellezas y esplendor de Hampton; según se decia, el Louvre, comparado con él no era mas que un torreón. Saint-James, construido por Enrique VIII, un cuartel, y aun el mismo Windsor un viejo castillo. De Flandes, de Alemania, de Holanda, de todas las naciones, venian los curiosos á admirar aquel portento, y tanto



la gran calle de árboles que guía á este palacio es donde en el reinado de Jacobo I tuvieron lugar las célebres conferencias entre católicos y presbiterianos.

Carlos I lo habitó en cuatro distintas épocas, y siempre en circunstancias bien fatales: parece que la muerte espiaba los pasos de este desventurado monarca; en 1623 encontró en él, juntamente con su esposa la reina Enriqueta, un asilo contra la peste que desolaba á Londres: diez y seis años después buscaba un refugio contra el pueblo revolucionado: preso por los amotinados en 1647, fué conducido á Hampton-Court, y allí sufrió toda clase de vejaciones y ultrajes, hasta que logró evadirse; empero, vuelto á prender muy pronto, fué custodiado de nuevo con mayor vigilancia. Últimamente, cuando lo conducían desde Windsor á Londres para ser juzgado, aun hizo noche en Hampton-Court. Durante su proceso residió como preso en San James, en tanto que Cromwel habitaba en el palacio de los Estuardos en White-Hall, teatro del suplicio del rey mártir, que ha-

bia sido confiscado en otro tiempo á Wolse; edificio siniestro y triple monumento de la inestabilidad de las grandezas humanas!

A pesar de tan tristes recuerdos, Guillermo III lo eligió para su residencia favorita: por su orden se formó el parque y los jardines; los últimos que han habitado en Hampton-Court, fueron Jorge II y Carolina, los demás sobe-

ranos solo han estado en aquel punto como de paso.

Apartaos del patio del Reloj de Hampton-Court, teatro de tan históricos recuerdos y entrad en los jardines, y todo se desvanece como un sueño: en éstos la naturaleza se presenta jóven y risueña: las flores os incensan con sus perfumes, y se cree el viajero trasportado á un Eden creado á propósito para olvidar tan tristes memorias y ha-

cer que se apetezca la vida del campo. Las paredes están tapizadas con rosales, pasionarias, enredaderas y jazmines. Bajo la estensa bóveda de cristales de un inmenso invernadero puede pasearse á la sombra de un emparado formado de una sola cepa, de un diámetro tan enorme, que cubre el armazón que lo sostiene, formando un embudo de frondosidad de cientodiez pies de largo. Esta cepa suministra cada año para la mesa real sobre tres mil racimos. En otras partes se ven naranjos, brillantes cuadros de vistosas flores, estanques en cuyas tersas aguas se reflejan los seculares árboles. Por do quiera la tierra se oculta bajo el



Traje de un canciller inglés.

afelpado tejido del verde y menudo césped, que cual vistosa alfombra la cubre hasta perderse en el horizonte. A pesar de tantas maravillas el ánimo experimenta cierta triste sensación: reina por todas partes un silencio sepulcral, y se ve cual sombras, pasear á los ingleses por tan amenos y floridos jardines, á quienes un cielo siempre nebuloso no les comunica la dulce sonrisa del Mediodía.

HEMEROTECA  
MUNICIPAL  
MADRID



Dirigimos desde lejos la última mirada sobre las almenas y torreones de Hampton-Court, echando de menos el vasto y azulado horizonte y el sol sin celages que aun en el rigor del invierno disfrutaban los españoles en el concurrido Prado madrileño.

#### ARTICULO V.

Bosquejo de la vida campestre.—Anuncios ambulantes.—Covent-Garden.—Lyceum Theatre.—Lo que se ve en el cuartel de los irlandeses.—La miseria vista de paso.—Visita al Museo británico. El meritorio y Cuvier.—Fidias y el lord Elgin.—Cerveceria Barclay, Perkins y compañía.

Las sensaciones que experimenta el viajero que por la vez primera visita la Inglaterra, son tantas y tan variadas que no es posible espresarlas sin incurrir en la nota de difuso: á cada paso advierte usos diametralmente opuestos á los de su país; en Madrid la gente de tono, apenas se dejan sentir los primeros calores del estío, abandona la corte para no volver hasta que el frío de otoño les avisa que ha llegado la hora de regresar á sus hogares. En Londres al contrario: luego que comienzan á brillar los hermosos días de primavera, cuando los prados se cubren de una alfombra de esmeralda y los bosques se visten ostentando sus tiernas y esmaltadas hojas, todo el mundo huye de la campiña y va á sepultarse en el centro de la nebulosa capital.

—Qué extrañas son vuestras costumbres, decía yo un día á un amigo, diputado de la Cámara de los Comunes; ahora que debíais disfrutar los hermosos días de la bella naturaleza, os encuentro en este laberinto de calles y edificios, y luego que la lluvia y las nieves cubren vuestras techos, y cuando las espesas nieblas hacen todavía más corto el día, os retiráis para vegetar en el fondo de la soledad.

—¿Está vd. comprometido hoy? me preguntó sonriéndose.

—No, ciertamente, le contesté.

—Bueno: hoy es vd. mío.

Media hora después ya estábamos montados y corriendo á todo escape por uno de los caminos de la parte del poniente, y después de tres horas de precipitada marcha, echamos pie á tierra á la entrada de un gótico edificio, adornado con cimbanillos, torrecillas casi ocultas entre la espesura de pinos, tilos y álamos de Lombardia: á los jardines seguía un inmenso parque donde se veían campos, bosques, valles y cuevas en cuanto alcanzaba la vista.

El piso bajo del castillo, destinado para recibir, estaba decorado con una magnificencia noble aunque sencilla: salas con mesas de billar: comedor muy estenso con comunicación por medio de una escalera escusada con la repostería y cocinas subterráneas. Una galería adornada con cien cuadros de excelentes artistas conducía á un gabinete lleno de figurillas de China, por el que se pasaba abriendo unas puertas vidrieras á un invernadero con flores y plantas exóticas. Varias estufas muy bien distribuidas calentaban así este como el resto del edificio desde la bodega hasta el granero.

El piso principal se compone de dos grandes habitaciones completas, separadas por la biblioteca, enriquecida con una colección de libros preciosos de jurisprudencia, economía, viages, etc.; y los clásicos de la literatura estrangera. En todas partes está unido lo útil con lo agradable. A espaldas

del castillo se elevan tres cuerpos de edificio distribuidos en aposentos cómodos y completos. ¿Y cómo podré yo alabar dignamente el lujo de las caballerizas, cocheras, cuartos para la servidumbre de escalera abajo, de los corrales para aves caseras, de las perreras donde se encierran jaurías de las mejores castas de perros, y la sala de armas donde se puede equipar un ejército de cazadores? Tan vasto edificio hace suponer un séquito tan numeroso como el de un rey. Además hay capilla ó oratorio, un capellán, médico, boticario..... en suma es un mundo en miniatura.

—Con tantas comodidades, exclamé yo, la vida campestre no puede menos de agradar á todo el mundo, y hace se apetezca menos habitar en la ciudad.

—Por eso nosotros no vamos á Londres sino cuando nos llaman nuestras tareas parlamentarias: se ha escogido la estación del verano como la más adecuada para hacer y recibir visitas, asistir á los teatros, recorrer los jardines y paseos, y en fin, ver y ser visto. En invierno sería espantoso vivir en la capital; era necesario encerrarse en su casa, y la soledad nos haría perecer de fastidio.....

—Sin embargo, las soires, los bailes que se dan de cuando en cuando.....

—Preferimos nosotros las reuniones diarias á las fastidiosas tertulias de etiqueta que van á buscarse atravesando largas distancias, se concluyen pronto, y siempre por el mismo estilo.

—No obstante, sepultados dentro de vuestros castillos en las largas noches de invierno...

—Se trae consigo una numerosa sociedad: cuarenta, sesenta, cien personas...

—Si, cada uno hace lo mismo: quisiera saber de dónde saca cada uno las que trae consigo.

—No extraño vuestra objeción, al parecer sin réplica; pero se desvanecerá cuando os diga que este castillo que os parece tan cómodo y agradable, está muy lejos de ser uno de los más bellos de este condado. Nuestras posesiones, tan bien distribuidas y que reúnen toda clase de atractivos, debían, al parecer, fijar en ellas la estancia del propietario, y no obstante, tal es nuestro amor á la sociedad, que la compramos á costa de un destierro de siete meses, de los ocho que dedicamos al campo. Ninguno de nosotros residimos en nuestro castillo arriba de cuatro semanas cada año. Luego que llegue la temporada de la caza vendrán á vivir aquí siete ú ocho familias; las señoras emplearán la mañana reunidas haciendo labor, leyendo ó cantando al piano, mientras que los hombres perseguimos los ciervos ó gamos. Si el tiempo está sereno las jóvenes nos acompañan montadas en sus caballos; por las noches representamos alguna comedia; bailamos, y de este modo se hacen muy cortas. Pero sobre todo nada de etiqueta; reina la más completa libertad. Las personas mayores si quieren comer en sus aposentos, tienen cocina aparte y viven retiradas.

Al cabo de un mes marchamos en caravana á las tierras de otro de los nuestros, en donde se sigue el mismo género de vida; después al que le sigue por turno, y así al aproximarse la primavera hemos dado alegremente la vuelta por Inglaterra.

—¡Deliciosa existencia! el invierno se deslizará como una sombra.

—Con tanto más motivo cuanto que ni aun se sienten sus rigores; nuestros alimentos son sanos y abundantes; la li-



bertad completa, y los jóvenes de ambos sexos pasan alegre y divertidamente los días, de que se acuerdan despues eternamente. De estas reuniones nacen y se cimentan afectaciones las mas profundas; en ellas se arreglan la mayor parte de los matrimonios, y cuando dos jóvenes prendados uno de otro han tenido tiempo para conocerse y apreciarse mutuamente, nada arriesgan ya en unirse, sin temor de errar la eleccion.

Lo mismo observareis que se practica entre la clase media, aunque en menor escala; así que las delicias de una vida tan bien arreglada nos hace fastidiosa y triste nuestra permanencia en la ciudad, donde solo encontramos distracciones sin placer.

Era hora de comer: la familia de mi huésped se hallaba reunida en X<sup>th</sup>. Se me suplicó ofreciese el brazo á la madre, y segun costumbre del pais, me señalaron asiento, no á su lado ó junto á la señora del castillo, sino á la izquierda de su hija, que durante la comida fué la que tomó la parte mas activa en la conversacion.

A las siete y media regresamos á Lóndres y apeamos en Belgrave-Square, la plaza mas espaciosa y brillante de todas las que tienen jardines. Era todavía de día, y como era hora de ir á paseo, se encontraba atravesando á Piccadilly, que conduce á Saint-James y á Hyde-Park, una infinidad de hombres transformados en anuncios ambulantes: uno cubierta la cabeza con una enorme bota de color de grana, y magullado todo el cuerpo con las suelas de los zapatos que lo ocultaban de arriba abajo, servía para indicar un almacen de un zapatero; otro con una bandera, un almacen de sombreros. La espalda de un grasiento viejo sirve de cartel pomposo para que las elegantes vayan á un establecimiento de modista; empero cuando el aviso es interesante, en este caso se metamorfosea á un quidam en castillo ambulante; se empareda dentro de cuatro tablas, en las que se fijan los carteles para que se lean por los cuatro costados; el pobre hombre, convertido en galápago, camina trabajosamente, espuesto á caer á poco que tropiece.

Cuando volví á mi casa me entregaron un billete de entrada para la funcion de *Covent-Garden*, uno de los dos teatros italianos, y aunque era ya tarde, me vesti de prisa, y lo acerté, porque la reina asistia á la representacion del *Profeta*, y el palco de enfrente lo ocupaba el embajador de Ne-paul con toda su comitiva. Asi como el teatro de S. M. es severo y sin gracia, el de *Covent-Garden* es brillante y bello; su distribucion es al estilo de los de Francia, y con un lujo extraordinario.

El ceremonial de la corte exige rigurosamente que las señoras se adornen la cabeza con una ó dos plumas ó marabús, las mas de las veces colocadas hacia abajo, caidas sobre el cuello, y la reina Victoria está muy interesada en que se observe esta moda, dando el ejemplo. Su frage en aquella noche era riquísimo y en extremo airoso: á su lado estaban dos de sus damas de eleccion, y en el fondo del palco el principe Alberto. Concluida la funcion me retiré. Al día siguiente me ocurrió ir al Museo británico; atravesaba casi junto á los mas hermosos barrios de la capital y no lejos del sitio en que Oxford Street pierde su nombre á la entrada de Holborn, cuartel asqueroso habitado por andrajosos irlandeses. Es una calle estrecha, tortuosa y hedionda con casucas, cuyas puertas estrechas, bajas y siempre abiertas ofrecen á la vista de los transeúntes el mas repug-

nante espectáculo: chiribitiles mas hondos que el piso de la calle en donde se ven bullir nidadas enteras de gentes miserables, enfermizas, cubiertas de arapos y un baño de mugre, que se revuelcan sin distincion de sexos ni edades en el fango y los insectos. El ánimo experimenta una mezcla de horror y compasion cuando contempla aquellas poblaciones de mendigos que salen de sus madrigueras solo para alargar la mano y perseguir con sus lúgubres clamores y súplicas al pasajero.

En otro tiempo este cuartel era una guarida en la que la policia dudaba entrar y á la que los transeúntes evitaban cuidadosamente aproximarse. Los que la poblaban eran gentes que formaban una tribu especial, costumbres distintas, y que se gobernaban por sus propias leyes, sin tener trato ni comunicacion con el resto de los habitantes de Lóndres.

Posteriormente se abrieron calles que atraviesan esta sentina de corrupcion, y se han dispersado estos gitanos del Norte refugiándose en los arrabales de la capital.

Sin detenerme á ser testigo de tanta infelicidad continué marchando hasta llegar al Museo, que es un edificio con bellos frontis y columnas jónicas. Debe aqui notarse de paso con respecto á museos, que ninguno de estos monumentos consagrados á las artes debe su construccion y formacion al gobierno. La galeria nacional se elevó á costa de Mr. Angerstein: la preciosa coleccion del colegio de Dulwich que contiene 333 cuadros es un legado de sir Francis; la de *Lincoln's inn Fields* se debe á un donativo de Mr. Soane, y en fin, el Museo británico debe su origen al celo y liberalidad de sir Hans Sloane que murió en 1753 concediendo al parlamento, en una cláusula de su testamento, la facultad de adquirir los tesoros de su galeria á un precio muy infimo. Para colocarlos debidamente, Jorge II mandó comprar el palacio de Montagne, en donde acomodaron tambien otros donativos: los manuscritos de Roberto Cotton, la biblioteca del mayor Edwards, y los raros y magníficos códices del lord Harley, conde de Oxford. A la llegada de los monumentos egipcios en 1801, y despues de la adquisicion de los mármoles de Townley en 1805, aquel recinto era demasiado estrecho, y cuando se enriqueció el establecimiento en 1825 con la coleccion de Jorge III, que cedió voluntariamente Jorge IV, fué preciso construir el edificio tal como existe en el día.

Es verdaderamente este un establecimiento de mucho valor y entidad, en especial en lo tocante á historia natural, minerales y animales de toda clase; estas colecciones, las mas completas que se conocen, ocupan estensos salones y están bien colocados. Se sorprende el viajero al ver tal cúmulo de serpientes, monos, pájaros y mamíferos disecados y henchidos de paja, contando á cientos varias especies de que ni aun habia oido hablar. Pero la sala mas curiosa y digna de atencion es en la que están colocados por orden los monstruos antidiluvianos, y entre los objetos mas raros deben contarse los colmillos del mastodonte, de siete á ocho pies de largo. El elefante se parece á este cuadrúpedo como un gato comparado con una pantera. Dice Cuvier que el marfil antidiluviano conservado bajo los hielos de las regiones polares se emplea hoy dia para diferentes usos lo mismo que el ordinario; tambien se han encontrado en aquellos climas algunos de estos cadáveres enteros sepultados hace cinco mil años en sus sepulcros cristalinos.

Empero el Leviatan de esta coleccion es sin disputa el



megaterio, tan perfectamente conservado, que no le falta la más pequeña astilla, y su enorme esqueleto de veinte y cinco pies de longitud está espuesto á la pública admiración en el centro de una vasta sala. No se parece á ninguna de las especies conocidas; Cuvier lo coloca en el género de los desdentados: la espina dorsal, maciza y dentellada, se asemeja á las almenas de un castillo: la cola, compuesta de una serie de cubos huesosos, articulados y medulosos, que los mas gruesos tienen cuando menos de diez á doce pulgadas, tiene mas de tres metros de largo, y pesa de trescientas á cuatrocientas libras. En cuanto á las piernas son verdaderas columnas; los pies tan largos por delante como por atrás; y segun la conformación con que están dispuestos para andar, da lugar, á creer que este cuadrúpedo, cuando vivo, de un peso probablemente de diez á quince millares podria trepar como un mono hasta la copa de los árboles ó á la cima de las rocas.

Al lado de estos prodigios de un mundo que ya no existe se admiran en *British-Museum* las maravillas de una sociedad muerta; el piso bajo de este palacio encierra mármoles, granitos, sepulcros de basalto, restos preciosos de Siria, Lidia y Egipto; la biblioteca, compuesta de cerca de 500,000 volúmenes, es preciosa, y las obras colocadas por orden de materias.

En otra estensa sala están las célebres estatuas del Parthenon, obras maestras de Fidias, sublimes reliquias del arte, que se han conservado para desesperación y envidia de a escultura moderna.

Despues de haber recorrido detenidamente los salones de este rico museo, y habiendo determinado comer aquel dia en Greenwich, aproveché esta ocasion para visitar pasando á la orilla izquierda la famosa fábrica de cerveza de Mr. Perkins. Sus monstruosos toneles son de un tamaño tan extraordinario, que puesto junto á ellos el de Heidelberg solo es un barril. En efecto, las cubas del cervecero inglés pue-

tas en línea y derechas tienen de treinta á cuarenta pies de altura. Las calderas son proporcionadas al tamaño de los recipientes; una máquina de vapor de una fuerza prodigiosa pone en movimiento los molinos para moler la cebada, y los almacenes para conservarla son unos patios cuadrilongos cerrados por todas partes con paredes de cuarenta pies de elevación. Algunos estaban llenos de grano hasta el techo.

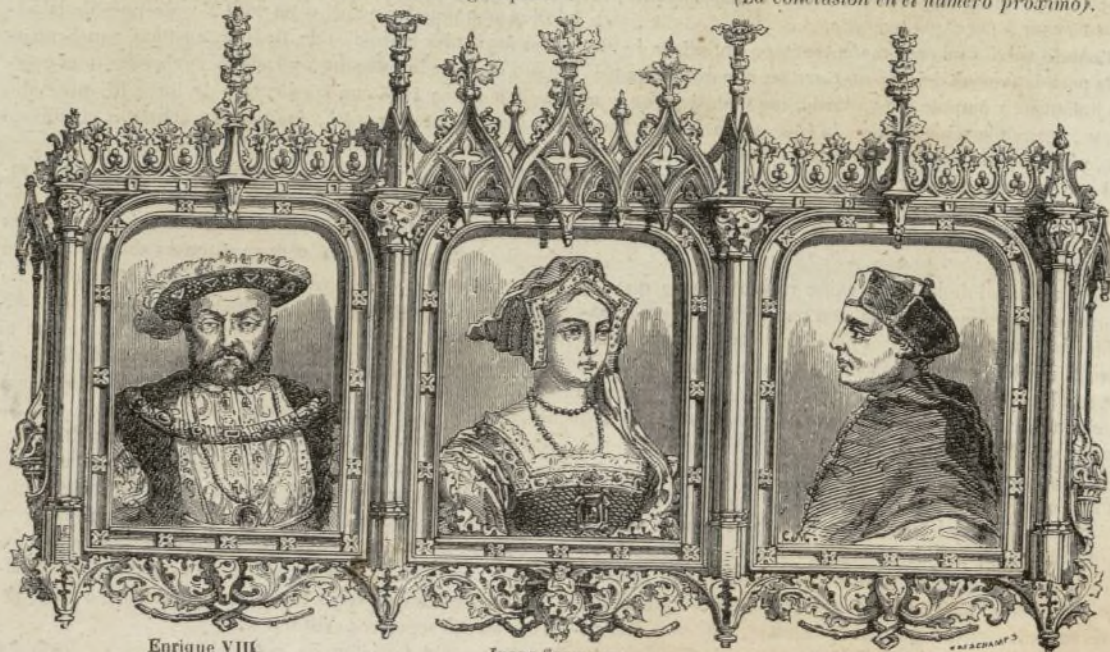
La cerveceria de Perkins emplea diariamente ciento cincuenta caballos, y jamás había visto yo un establecimiento de tanta consideración: sus oficinas de cuenta y razon están tan bien montadas como las de una dirección general.

La víspera de la marcha de los expedicionarios tuvimos una espléndida comida en Trafalgar-Hôtel, la fonda mas célebre del reino, costeada por la empresa de la expedición, á la que, entre otras ventajas que ha proporcionado, debemos agradecerle la de haber enriquecido nuestra lengua con la voz: *Expedicionario*.

En Greenwich, hotel de los inválidos marinos, los aspirantes hacen sus primeros estudios bajo la inspección de sus antiguos antepasados militares. Estos ancianos que han dispersado sus miembros á través de los mares de la India, y vestidos á la usanza del siglo pasado, con el baston en la mano y peinados á lo Luis XIV, se deleitan viendo las manobras de aquellos hijos del Océano. Tal es el imperio de las costumbres entre estos soldados. Un museo marítimo, adornado con los retratos de los navegantes y de los almirantes mas ilustres, decora este magnífico establecimiento edificado por Carlos II. Este edificio es imponente con sus trofeos helicóscos, sus cuadros guerreros y sus paredes decoradas por Thornhill. Una sala particular está consagrada á la vida de Nelson, del cual se conservan, como reliquias, los vestidos destrozados, agujereados y manchados de sangre.

En el siguiente número continuaremos nuestro examen y contaremos de paso una anecdota bastante curiosa acerca de este particular.

(La conclusion en el número próximo).



Enrique VIII.

Juana Seymour.

El cardenal Wolsey.